

El sacerdocio en la encrucijada*

I

¿A DONDE VA A PARAR EL SACERDOCIO?

A nuestros hermanos de Méjico que tuvieron la paciencia de escucharme.

La Prensa de todos los días, el cine de nuestro tiempo y la literatura, sea o no religiosa, aluden frecuentemente al sacerdote o a las cuestiones relacionadas con el sacerdocio. Tendremos que admitir en realidad la existencia de la cuestión sacerdotal, la existencia del problema acerca del sacerdocio católico. O mejor, si queremos ser más exactos, diríamos que existen muchos problemas en torno al sacerdocio: problemas variados y complejos en una época en que todas las estructuras tradicionales atraviesan por un período de transición y se ven sometidas a un riguroso examen.

Quisiéramos considerar ahora algunos de estos problemas, al menos los más importantes. Y esto sin complacernos en su descripción y sin temor ante sus consecuencias. He de advertir de antemano que no soy de los que tienen por norma en la vida meter la cabeza bajo las alas, como el avestruz, para no ver el peligro. Más bien tengo simpá-

* A petición de algunos de nuestros hermanos que trabajan en la Prelatura de Madera y otros del Distrito Federal nos decidimos a publicar las dos charlas que "tuvieron que aguantar" en el día del retiro mensual que les di en México y en Ciudad Guerrero.

tía por el gesto de la lechuza, que permanece hierática, con sus ojos pantoscópicos abiertos a la realidad circundante.

Una cosa es captar la realidad, aunque nos disguste, y otra muy distinta rendir un tributo mágico a un cierto complejo morboso de autodestrucción. Si analizamos la literatura actual sobre la crisis de todos los valores del pasado se nos antoja que estamos llegando a la autodestrucción, por obra y gracia de un análisis excesivamente despedazante.

La literatura sobre el tema es abundantísima y, con harta frecuencia, peligrosa por sus consecuencias. Casi nos atrevemos a decir que se está produciendo una especie de desintegración. Se está provocando, muchas veces artificialmente, una desintegración en cadena de la axiología sacerdotal, en virtud de ciertos automatismos inconscientes que se parecen mucho en su actuación a los clásicos reflejos condicionados de que nos habla la psicología.

Vamos a considerar algunos de los problemas sacerdotales no desde el punto de vista de la teología, ni desde el ángulo del derecho o de la pastoral, que no son nuestro fuerte ni nuestra especialidad, sino desde un aspecto mucho más sencillo: desde el punto de vista humano y desde una perspectiva social. Creemos que antes de juzgar y de obrar tenemos que ver y comprender. Esperamos que nuestras reflexiones sirvan, al menos y no será poco, para comprender el alcance del problema.

Antes de emprender el inventario de los problemas, conviene discernir y distinguir entre las diferentes maneras en que suelen presentarse los interesados en los problemas sacerdotales. Hay quienes proponen o promueven ciertos problemas sacerdotales públicamente y a veces con el ruido de una bien estudiada orquestación. Hay otros que se presentan esos mismos problemas en silencio, en la desnudez e intimidad de su alma. No faltan quienes al parecer no se preocupan de esas cuestiones. Y son muchos, finalmente, los que por principio y *a priori* rechazan toda la problemática sacerdotal.

I. LOS QUE HABLAN

Entre los que hablan, los sacerdotes «contestatarios» como suele calificarse a esa categoría de sacerdotes, valiéndose de una expresión que huele tal vez demasiado a la revolución estudiantil francesa de mayo de 1968, hay unos que podríamos llamar marginados, en el sentido etimológico de la palabra. Estos se sienten, como suele decirse brutalmente, «a disgusto en su profesión sacerdotal».

Pero el epíteto de «marginados» abarca actitudes psicológicas muy diferentes y, a veces, opuestas. Podríamos descubrir tipos marginados que llamaríamos subjetivos. Se sienten a disgusto dentro del sacerdocio, como se sentirían en cualquier otra situación. Las causas de su malestar se deben a órdenes muy diversos: desequilibrio psicológico, inestabilidad, falta de madurez intelectual o afectiva, graves errores de orientación, etc. Debemos compadecernos de sus sufrimientos, pero a fin de cuentas estos sacerdotes no representan más que su propia existencia, sus tormentos personales y sus intranquilidades interiores.

Al lado de ellos encontramos los marginados objetivos. Por ejemplo: fuertes personalidades que se sublevan e impiden —a veces destruyen y se alzan— las estructuras tradicionales y las costumbres actuales de la Iglesia institucional. Nos resulta fácil comprenderlos porque todos, más o menos, llevamos en nuestro interior un algo común que nos hace semejantes. Su insatisfacción tiene la utilidad de suscitar la consideración sobre lo que las realidades históricas de la Iglesia tienen a la vez de perfectible y de imperfecto, de ese algo que está siempre en vías de perfección y que nunca llega a conseguirla.

Por desgracia, con harta frecuencia ceden a dos graves tentaciones: la de atribuir su malestar a las estructuras, cuando muchas veces proviene solamente de su propia personalidad, y la de ver en su caso particular y personal una regla y situación general.

Entre los sacerdotes «contestatarios» encontramos —y probablemente son la mayoría— sacerdotes normales, en general jóvenes, cuyo equilibrio interior no desentona demasiado y cuya personalidad no es un «fuori serie». Estos se atreven a «contestar», a protestar por preo-

cupaciones apostólicas, porque están sufriendo en sus limitaciones humanas y en sus fracasos, que no vacilan en atribuir a las estructuras y a la mentalidad de la Iglesia actual.

¿Tienen razón? ¿Están equivocados? Quizás podríamos afirmar las dos cosas a la vez. Muchas de las dificultades con que se enfrentan o contra las que chocan brotan de unas estructuras francamente inadaptadas y de posturas colectivas en pleno desacuerdo con las realidades del mundo presente. Otros fracasos provienen de ellos mismos; en particular de una formación insuficiente, de una ineptitud para analizar justamente y con exactitud las situaciones que ellos no logran distinguir en toda su claridad.

El espíritu de la «revolución de mayo» va ganando poco a poco algunos de los elementos más jóvenes. Por todas partes se descubre ese mismo afán de protesta, un espíritu y clima de «contestación», una especie de anarquía en todos los sectores de la vida, una revolución verbal, cuando no real, y sentimental más que profunda.

2. LOS QUE CALLAN

La gran mayoría de los sacerdotes no habla o habla muy poco. Haríamos muy mal en creer que tal discreción significa la ausencia de problemas o que los que callan están muy lejos de toda problemática sacerdotal. No es raro encontrar sacerdotes que callan, y en su silencio juzgan a los sacerdotes «contestatarios» con equidad. Tampoco temen expresar claramente su acuerdo, más o menos completo, con ellos acerca de muchos temas, aunque no en todos como es natural. Pero los métodos de «contestación», muy cerca, según ellos, de los procedimientos que emplean los grupos de presión, el ruido bullicioso, la política del «hecho consumado» y otras manifestaciones semejantes, les molestan en lo más íntimo de su alma.

Hay otros sacerdotes, sobre todo entre los que ya han pasado un cierto período de su vida, que se sienten desamparados y doloridos. Estos sufren en silencio. No niegan los elementos de verdad que pueden encerrar las tesis de los «contestatarios», pero, con razón o sin

ella, les parece que todo lo que ellos han visto nacer o ellos mismos han construido se ve sometido a examen o incluso condenado a desaparecer en provecho de novedades arbitrarias, gratuitas, sin raíces y sin fundamento.

No sé si las autoridades religiosas tienen siempre en cuenta la tristeza interior y el desamparo de estos sacerdotes, e ignoro si se les concede ordinariamente la misma atención que a los alborotos y protestas de los que hablan en alto y promueven disturbios. Hemos de reconocer que el mismo silencio que se observa en su rededor aumenta su tristeza, y su silencio personal traduce, a su modo, la existencia de un dolor intenso.

Algunos de entre los mayores, finalmente, no comprenden en modo alguno lo que está pasando a su alrededor. Se encierran en sí mismos, se van aprisionando en el silencio más profundo, cumpliendo lo menos mal que pueden sus menesteres sacerdotales, que imaginan ya condenados dentro de poco.

3. LOS QUE NO QUIEREN ESCUCHAR

Todos los tipos diferentes que hemos enumerado hasta aquí tienen de común de proponerse los problemas o al menos el de reconocer la existencia de los mismos. Pero una parte del clero rechaza «a priori» toda esa problemática y se niega a enfrentarse con las dificultades. Esta minoría, llamada integrista o conservadora a ultranza, es también activista e incluso ruidosa, a su modo y según sus escasas posibilidades. Según estos sacerdotes de la extrema derecha, todo sería perfecto en la Iglesia existencial e institucional si no hubiera existido el Concilio Vaticano II y si en todo se hubieran seguido fielmente las enseñanzas de Pío X.

4. EL RESTO

¿Qué piensa el resto de los sacerdotes? Unos gritan con los «contestatarios» y otros se muestran admiradores, a su modo, de los

conservadores integristas. La mayoría parece más bien desamparada, un poco asustada y, hemos de confesarlo, cada vez más impaciente por el rumbo que van tomando los debates interiores del sacerdocio. Tienen la impresión de que, en estas disputas de pastores, apenas si se tiene cuenta del rebaño.

Frente a una minoría reducida, pero activista, de sacerdotes «contestatarios» que, por otra parte, son muy diferentes entre sí, se alza otra minoría más pequeña de conservadores integristas. Y entre esas dos minorías, una gran muchedumbre de sacerdotes que calla y sufre en su silencio, que se pregunta y que busca una solución. Creo que es interesante examinar la cuestión, al lado de ese grupo de sacerdotes que no han encontrado la solución a los problemas sacerdotales, pero que la buscan a toda costa a través de un estudio profundo de todas las realidades humanas y espirituales que vienen a confluír y a mezclarse en este ser extraño que es el sacerdote católico.

SACERDOCIO Y CLERO

Cuando los profanos y los mismos fieles oyen hablar de «desclerificación», aplicada a los sacerdotes, no entienden e incluso llegan a experimentar el sentimiento de una contradicción «in términos». Hemos de advertir igualmente que algunos de los mismos sacerdotes que emplean esta palabra bárbara —de alguna manera teníamos que expresarnos— tampoco la entienden mucho mejor, y han hecho de ella un «slogan» publicitario más bien que un programa de vida. No se puede evocar o invocar una «desclerificación» —con un *mínimum* de prudencia crítica— a menos de poseer una idea precisa y clara de la distinción entre sacerdocio y clero.

I. *La función sacerdotal*

Sociólogos y teólogos están de acuerdo en constatar el carácter *funcional* o, si se prefiere, *ministerial* del sacerdocio en toda comunidad religiosa; para los cristianos, en la Iglesia, pueblo de Dios en marcha. Se trata de la Iglesia peregrina, de que ya hablaba San Agustín.

El sacerdote ejerce una función sagrada al servicio de Dios y al servicio de una comunidad humana. Al decir de San Pablo, desempeña un papel de mediador, recogiendo las plegarias y las oraciones de la comunidad para presentarlas a Dios, y haciéndose al mismo tiempo mensajero de Dios ante los hombres. Esta función se realiza plenamente en el culto, oración pública y ritual, aunque no se limita sólo al culto.

No hemos de olvidar que, en la comunidad cristiana, esta función es primariamente eucarística. En virtud de los poderes que le confiere el sacramento del orden, el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre de Cristo y asume de este modo la responsabilidad de la comunión, en todos los sentidos de la palabra, entre los fieles.

2. *¿Oficio o estado de vida?*

La función sacerdotal, ¿es en sí misma un oficio? Algunos, en nuestros días, llenos de santa indignación, niegan que así sea. Veamos más detalladamente la cuestión.

Si en el oficio hemos de ver una mera función económica, el sacerdocio no es evidentemente un oficio, aun cuando el sacerdote, como advierte San Pablo y es su derecho, «viva del altar». No podemos ser sacerdotes del modo que se es carpintero, o herrero, o barbero, o profesor, o ingeniero, o novelista, o arquitecto. Y precisamente por esto se puede ser, al mismo tiempo y sin contradicción, sacerdote e ingeniero, sacerdote y ajustador, incluso sacerdote y comerciante, con exclusión de las actividades puramente comerciales prohibidas a los clérigos con buen sentido práctico por el Derecho Canónico, que hemos de alabar en nuestros días.

Pero no podemos negar que el ejercicio de la función sacerdotal ofrece analogía con la función o desempeño de un oficio, en la medida, por ejemplo, en que el sacerdote se consagra totalmente, o cuando pone en práctica las técnicas del apostolado sacerdotal, o cuando el carácter mismo de su función le impone una serie de principios o especie de conciencia profesional. Si consideramos todas estas actividades, ¿no hay siempre un factor de vida espiritual? El oficio del sa-

cerdote no es válido, sino analógicamente, pero hemos de admitir que se trata de una analogía fecunda.

Más que un oficio, el sacerdocio es un estado de vida, un *Stand* como dice la sociología alemana, en cuanto a la categoría social del sacerdocio —y en todas las religiones el sacerdocio forma inevitablemente una categoría social— supera y trasciende en el tiempo y en el espacio las otras categorías sociales. Es un oficio en cuanto que el sacerdocio exige del sacerdote una entrega completa de su persona a una función específica, una adhesión total e incondicional a esta función, que le penetra hasta la médula de sus huesos y le transfigura y convierte en un ser diferente de los demás hombres.

Su papel sacral se deja sentir sobre su función social. Su sacerdocio le impone una manera permanente de vivir entre los hombres, que es lo que constituye precisamente un estado de vida. Tiene una función. Vive de su función. Incluso podríamos decir que el sacerdote se ha identificado con su función y se ha transfigurado en su función. Pero el sacerdote no es solamente un funcionario sagrado y, mucho mucho menos, un simple funcionario a secas. Si ejerce un oficio, en el sentido socio-económico del vocablo, esto no cambia en nada su disposición fundamental en el mundo y en la Iglesia, ni muda su estado de vida.

3) *Estado de vida y separación*

No es raro que no pocos sacerdotes de nuestros días, muy sensibles a su función ministerial, no vean o vean mal la relación, por otro lado inevitable, entre la función y el estado de vida.

Quizá reaccionan, más o menos conscientemente, contra el exceso de importancia que se ha concedido a ciertas consecuencias del estado de vida sacerdotal en los tres últimos siglos, bajo la influencia de la llamada escuela francesa que, como toda escuela, ha dejado sentir sus exageraciones, sus simplificaciones y sus dogmatismos escolares. Distinguiendo, con una agudeza o sutileza escolar de que con frecuencia carecemos en nuestros días, entre existencia y estado de vida sacerdotal se llegaba a concluir que el sacerdote, escogido y reservado

de entre el pueblo según la doctrina paulina, era esencialmente un separado, es decir: separado de su rebaño y, con mucha más razón, separado del mundo. Se insistía sobre las manifestaciones socio-psicológicas de esta separación en un tiempo en que el ambiente cultural —estuviera imbuido de clericalismo o de laicismo— sentía una tendencia exagerada a acentuar dicha separación. Es curioso leer en nuestros días, con la mentalidad de nuestra época, un libro que muchos de nosotros leímos y que fue clásico en todos los seminarios franceses, titulado *Educación y formas sacerdotales*, de Branchereau.

Los sacerdotes de hoy reaccionan contra esa espiritualidad de la separación sacerdotal. Desean afirmar su presencia en la Iglesia, entre los fieles, y en el mundo, entre los hombres. Todo eso se comprende y se justifica perfectamente. La experiencia de la cautividad, en la última guerra mundial, constituye un hecho capital en la historia de la espiritualidad sacerdotal. En muchos de los relatos de los campos de concentración vemos cómo el sacerdote podía ser al mismo tiempo un perfecto sacerdote, profunda y esencialmente sacerdote, y encontrarse como perdido entre los hombres, semejante en todo a los demás compañeros de cautiverio.

El sacerdote de los campos de concentración, incluso bajo el anonimato de su uniforme descolorido y conocido solamente por el simple número de la matrícula correspondiente, seguía siendo sacerdote, presente a los demás hombres, pero distinto de ellos, inmerso o sumergido entre las miserias de los demás hombres y al mismo tiempo brillando con la luz de la gracia de Dios que iluminaba sus pasos e incluso sus mismas debilidades humanas. Su estado de vida específico, aunque encubierto por el traje rayado de los prisioneros, seguía siendo fácilmente perceptible a los fieles y hasta a los mismos incrédulos.

A veces podemos creer que algunos sacerdotes de nuestros tiempos llegan a pensar, o mejor a soñar, en una imposible conciliación entre la función sacerdotal y el estado de vida que comporta esa función. Quiérase o no, su misma función como sacerdote, como emisario de las almas ante Dios y como mensajero de la verdad eterna, coloca al sacerdote en una esfera diferente de la humanidad. Esto es cierto para todas las religiones, incluso de una manera paradójica para las

religiones que carecen de un sacerdocio específico, como el Islam, donde los especialistas de lo religioso: los imanes, los muftís, los hu-lemas, sin hablar de los marabuts, ocupan un lugar especial y peculiar. No vemos por qué esta ley general de la sociología religiosa se había de quebrar y perder su vigencia en el umbral mismo del cristianismo.

No empleemos la palabra «separación», que es equívoca y demasiado cargada de historia. Digamos más bien, sencillamente, que el sacerdote es un consagrado, y que su consagración le distingue, le designa, le caracteriza —en el sentido etimológico de la palabra: *signum, character*— en la asamblea de los fieles y en la muchedumbre de los hombres. Por muy cerca que esté o quiera ponerse de los hombres, no podrá evitar que las miradas de todos converjan sobre él, y no podrá por menos de sentir, en ciertos momentos, la soledad espiritual del «consagrado» que de una forma tan magistral ha descrito Bernanos en su *Diario de un cura rural*.

EL CLERO, FENOMENO SOCIOLOGICO

Por razón de sus características, ¿debe el conjunto de sacerdotes formar un «clero»? No hemos de confundir clero con sacerdocio, ni incluso con el «presbiterium», que es la reunión de sacerdotes diocesanos en torno al obispo. Como indica la misma etimología, el clero es, por así decirlo, la proyección sociológica o histórico-cultural del hecho sacerdotal, el cual es, ante todo, religioso. Pasando del sacerdocio al clero, el sacerdote se convierte en un «clergyman», en un eclesiástico, como aparece en el estado civil de cada uno de los sacerdotes.

El clero es el cuerpo social formado no solamente por los sacerdotes, sino también por los clérigos, diáconos, religiosos, incluso seminaristas tal como aparece, visto desde el exterior, en un ambiente determinado por las condiciones económicas, sociológicas, psicológicas y culturales. El clero hace que el sacerdote se revele al público, pero también en cierto sentido lo puede ocultar, o al menos puede desfigurar su propia personalidad. Por la fuerza misma de sus determinismos sociológicos, el clero sostiene al sacerdote, pero lo puede al mismo tiempo limitar, e incluso traicionar. Esta ambigüedad se advierte en todas

las religiones provistas de un sacerdocio. Pero más que en cualquier otra, esa ambigüedad se manifiesta en el cristianismo, en virtud de sus mismas exigencias y de su carácter absoluto, ya se trate del clero católico, del protestante o del oriental.

En cuanto cuerpo social, el clero, al igual que todos los cuerpos sociales, tiene su organización más o menos corporativa, sus representaciones colectivas, sus costumbres, sus modales, su lenguaje, sus intereses y sus rutinas o manías de grupo. Pero todas esas manifestaciones no representan sino una relación bastante indirecta y, con harta frecuencia, muy lejana y aun ajena a la esencia misma del sacerdocio.

Sería muy interesante a este respecto el estudio del folklore eclesiástico, católico o protestante, ya que en sus deformaciones caricaturescas nos mostraría todo lo que separa y distingue al clero del sacerdocio. En la conversación ordinaria se habla del folklore de las sacristías o de las casas curales. Nunca se atrevería nadie a hablar del folklore de la Iglesia en cuanto institución. Este mismo pudor verbal revela la distinción establecida, aun inconscientemente, entre el sacerdocio y el clero. Dentro de esta línea de diferenciación podríamos afirmar, con más o menos precisión, que el fenómeno sociológico, que llamamos clero, engloba en sí un cierto número de laicos, más o menos «clericales», sacristanes, empleados de la iglesia, hombres entregados a las obras clericales o a obras de piedad, esos «ratones de sacristía», como vulgarmente se denomina a cierto tipo de mujeres piadosas. Todos sabemos que todos esos elementos constituyen una nueva categoría, con la que el clero se entiende con facilidad precisamente porque la ha formado y conservado a su imagen.

El sacerdocio, en general, es esencial a la humanidad y, como todos los grandes estados de la vida, es meta-histórico. El sacerdocio cristiano es eterno porque es también eterno el sacerdocio mismo de Cristo. El clero, en cuanto que es un cuerpo social, nace, cambia, envejece y pasa. A veces sucede que el fenómeno «clero» eclipsa la realidad misma sacerdotal. Y esto es, precisamente, lo que sienten con toda su crudeza algunos «contestatarios» de nuestros días e incluso otros que no dicen nada, pero se dan cuenta de la realidad.

LA DESCLERIFICACION, ¿MITO O VISION DEL PORVENIR?

Un gran grupo de sacerdotes reclaman o al menos desearía una «desclerificación» del sacerdocio. Es fácil comprender lo que esa palabra nueva puede ocultar de ingenuidad o de conformismo inconsciente. Un deseo demasiado vivo de ser como todo el mundo no es, a veces, sino una forma muy elegante de renuncia a la propia esencia. En ocasiones, la idea de «desclerificación» puede convertirse en un mito o en un «slogan» propagandístico, repetido a todos los vientos sin tomarse la pena de profundizar en su sentido. Es fácil sentir una impaciencia irónica cuando se ve que la «desclerificación» es reclamada por esos sacerdotes que llevan en su persona la marca de pertenecer al clero y cuyo comportamiento rezuma no pocas veces clericalismo. Pero creemos que la primera intuición que ha presidido a la creación de esta palabra nueva corresponde a una justa manera de ver y apreciar las cosas.

Si por «desclerificación» entendemos una renuncia o una retirada de cierta manera clerical de ser, de pensar y de obrar, que corresponde a una conciencia más viva y más imperiosa de la esencia misma del sacerdocio, estamos de acuerdo en ello, con tal que la operación se realice naturalmente con buen sentido y con auténtico sentido apostólico, respetando la naturaleza de las cosas y las exigencias de los tiempos, sin excesos de una lógica abstracta. Pero si por «desclerificación» se sobreentiende una aceptación, más o menos pasiva e inconsciente de los conformismos contemporáneos, no podemos en modo alguno aceptar esta forma moderna de pensar y de obrar. Y esto en cuanto cristianos, e incluso en cuanto hombres. Con mucha más razón en cuanto sacerdotes.

¿Es posible una desclerificación total y definitiva? Desde el punto de vista de la sociología religiosa se podría dudar. En efecto, en cualquiera religión no se puede ser sacerdote en sí mismo, sino en grupo y es muy fácil pasar del grupo a formar un cuerpo. El cuerpo sacerdotal tendrá siempre tendencia a formar un «clero», con las modalidades diferentes según los tiempos y las culturas. Habrá que luchar contra esta «clerificación» tanto más insidiosa cuanto que podrá

aparecer con el velo de la novedad, a veces para llegar a otras concepciones, ya antiguas y probadas, cuyo vigor habrá experimentado el tiempo.

Tenemos ahí un ejemplo de la dialéctica entre la libertad del espíritu y la pesantez de los determinismos sociales, que forman una de las constantes de toda la vida espiritual, tanto para las comunidades como para las personas.

ESTATUTO SOCIAL DEL SACERDOTE

Se habla con mucha frecuencia de «estatuto del sacerdote». La mayoría de las veces se entiende por esta palabra su situación en el interior de la Iglesia, sus relaciones con la jerarquía y con los fieles. Pero ese vocablo merece nuestra consideración. Hay que ver más lejos y considerar el estatuto del sacerdote en la sociedad global. Hay que considerar su estatuto social en el sentido técnico de la sociología.

¿Qué es un estatuto social? El estatuto social es un fenómeno socio-psicológico, la representación que una categoría social se hace de su puesto, de su papel y de su valor en la sociedad; es la idea que las demás categorías sociales se forman de ese puesto, de ese papel y de ese valor. Cuando las dos apreciaciones concuerdan, se establece un equilibrio. Cuando no coinciden, se produce un desequilibrio a veces un malestar, y con frecuencia se produce la revolución. Si las dos permanecen inciertas o vacilantes, los representantes de la categoría social encausada sufren de esa incertidumbre y se preguntan acerca de la utilidad de su papel en la sociedad.

Toda categoría social, clase o profesión, posee un estatuto variable según los tiempos, los lugares o las culturas, más o menos en relación con su nivel económico, pero sin ligazón totalmente determinada. El estatuto social constituye un dato de opinión inevitablemente subjetivo: las jerarquías que comporta no son siempre proporcionales a

las verdaderas utilidades. Los juicios de valor que implican son relativos y no alcanzan el grado de absolutez de los juicios morales. Sin embargo, la existencia y la escala de los estatutos no se limitan a la simple subjetividad, ya que constituyen hechos sociales que pueden ser constatados y explicados, es decir, que pueden ser medidos gracias a los métodos propios de la sociología.

LOS ANTIGUOS ESTATUTOS DEL CLERO

Como categoría social e incluso como cuerpo bien definido, tal como lo hemos definido antes, el clero no se ha liberado de la ley común y ha disfrutado de diferentes estatutos según los tiempos y de acuerdo con las diferentes civilizaciones.

Limitándonos al Occidente, el clero formaba, en la sociedad medieval, un cuerpo de formas bien delimitadas, y de estructuras perfectamente determinadas. Formaba uno de los tres grandes órdenes de la sociedad, con sus características, su función, sus deberes y sus privilegios. Todos sabemos qué era un sacerdote y cuál era su papel en la sociedad. Evidentemente en el seno de este gran cuerpo existían diferencias casi infinitas, en las jerarquías y en los rangos que han ido evolucionando con los siglos. Pero el conjunto seguía siendo el mismo, perfectamente definido, mostrando la doble dignidad que le conferían la proximidad de lo sagrado en una civilización sacral, y el cuasi monopolio de la cultura mundana, cuya posesión cualificaba al clero, en un mundo donde todavía dominaba la transmisión oral de los conocimientos humanos.

La Reforma y el Renacimiento sometieron a tela de juicio, este estatuto clerical y lo modificaron. En Francia la revolución francesa terminó con él. Y lo mismo sucedió en otras naciones. Sin embargo, el clero volvió a encontrar muy pronto un nuevo estatuto social en el seno de un mundo liberal y burgués que nació de los movimientos revolucionarios. Gracias a los diferentes Concordatos, el sacerdote retribuido, aunque muy escasamente, por las finanzas públicas, aparecía en general como un semi-funcionario en una

época en que la función pública tenía todavía la categoría de algo raro.

El estatuto social del sacerdote no era igual en la ciudad que en el campo. En las regiones y en ambientes rurales, el sacerdote se incorporaba a los campesinos, en una situación intermedia entre el simple campesino y el burgués rural. Junto con el maestro, ya fueran amigos o enemigos, el sacerdote entraba en el ambiente de la sociedad y formaba, por así decirlo, parte del mobiliario del Municipio que solía coincidir con la parroquia. En la ciudad el sacerdote se confinaba en las profesiones liberales, plenamente admitidas cuando aquél pertenecía a los grados elevados del clero: obispo, vicario gral., un gran párroco, un predicador afamado, un religioso de alguna orden importante. Cuando el sacerdote no era sino un simple coadjutor, o un capellán sin fama ninguna, o pertenecía a una orden religiosa de poca influencia en la sociedad, se le confinaba a los márgenes de las mismas profesiones.

La supresión del Concordato en el caso de Francia y de otros países ha terminado con este estatuto. Podemos pensar que lo mismo pasará en España cuando el Concordato actual sea revisado o suprimido como desean muchos, sacerdotes y seglares.

Pero como todos los fenómenos de opinión, el estatuto social del sacerdote podrá sobrevivir, aunque sea bajo diversas formas. Cada época construye sus propios estatutos. Esperemos en qué va a parar el estatuto sacerdotal, sujeto a tantas revisiones y enjuiciado desde tan diversos ángulos de vista.

EL SACERDOTE, HOMBRE SIN CUALIDAD

En nuestros días resulta imposible prolongar por más tiempo las ilusiones y las simples apariencias. En gran parte de la sociedad actual, con variedades profundas según sea la influencia de la Iglesia en las diferentes naciones, el estatuto clerical de antaño no es más que un recuerdo lejano, y el sacerdote se presenta ante la sociedad co-

mo un hombre sin estatuto social definido. En los países donde el sacerdote todavía sigue gozando de un estatuto social privilegiado creemos que también se impondrá un cambio, con la consiguiente pérdida de prerrogativas de parte del sacerdote.

En una sociedad como la nuestra, cada vez más técnica y tecnócrata, el sacerdote no es un técnico. Y si lo es por casualidad, lo es fuera y al margen de su estado sacerdotal. Y si se le considera a veces como un técnico de lo religioso, a lo que se tiende corrientemente, se está cometiendo un grave error acerca de la esencia misma del sacerdocio. No siendo ya un miembro de las profesiones liberales, tampoco puede ser un simple proletario en virtud de su misma cultura intelectual, ni tampoco un obrero, ya que en general, no trabaja con sus manos en las fábricas ni en el taller, ni tampoco puede considerarse como un representante de las nuevas clases medias, técnicas y asalariadas, puesto que no es ni un técnico ni puede considerársele asalariado.

En el mundo rural, su situación es algo más estable. El cura de los ambientes rurales forma todavía parte de ese mundo que le rodea, a excepción de las regiones muy descristianizadas en donde se siente completamente solo. Pero la importancia del campo no cesa de disminuir a medida que nuestra sociedad se va urbanizando. Muy pronto el cura de aldea, figura clásica de la mayoría de los curas de nuestra patria, será como una excepción en el conjunto del clero, constantemente urbanizado por la fuerza misma de las cosas.

En una sociedad de producción y de consumo —cada una de las dos forman estatutos sociales diferentes—, el sacerdote no es un productor en el sentido corriente de la palabra, ya que sus servicios no pueden ser medidos económicamente, y, a falta de recursos productivos, se presenta como un sacerdote consumidor. En el seno de una cultura que no cesa de evacuar y de suprimir los valores improductivos en provecho de los bienes bancarios y de eficacia material, el sacerdote presenta una figura casi anómala, en la medida misma en que él se da y se entrega plenamente a su sacerdocio y en la medida en que practica la pobreza evangélica.

Hay que enfrentarse con la realidad, tal como es: el sacerdote

es generalmente un ser marginado en la sociedad contemporánea. Si llega a ocupar una posición importante y si consigue la atención y el respecto del público, ello se debe a título personal y casi nunca se produce ese caso en razón de su cualidad sacerdotal. Es bien curioso en nuestro tiempo el caso de un sacerdote francés. Nos referimos al famoso canónigo Kir, fallecido algunos años ha, alcalde y diputado de Dijon, que tanto debe a las iniciativas y labor del célebre canónigo. Otro caso también muy conocido es el del abbé Pierre. Ambos han conseguido su popularidad a pesar de su carácter sacerdotal. Tal vez ha contribuido a ello en su forma externa, pero no podemos afirmar que su celebridad haya sido efecto de su carácter sacerdotal. En este sentido podemos afirmar que la presencia de un obispo en las ceremonias oficiales, con todos los atuendos, reviste un no sé qué de anacrónico cuando no está desempeñando sus funciones episcopales. En ese contexto social, el obispo y el sacerdote no pasa de ser un simple ciudadano más.

UNA POSTURA NADA COMODA

Toda situación marginal aparece psicológicamente molesta, porque lo marginal o marginado no sabe cómo comportarse frente a los otros, y éstos desconocen la actitud que deben observar en su presencia. Se siente molesto, y al mismo tiempo molesta a los demás.

Esto se aplica especialmente al sacerdote, marginado desde el punto de vista económico, social y cultural, mientras que continúa, en virtud de las costumbres adquiridas, atrayendo como un personaje, como un «notable», las miradas del público y suscita algunas notas de respeto, al menos externas, entre los incrédulos. Se produce una contradicción entre el respeto que a veces se le demuestra y su marginación permanente. Tal vez esa misma marginalidad contribuye, en cierta medida, a la disminución de las vocaciones sacerdotales. Muchos padres vacilan en orientar a sus hijos hacia un estado que ellos no logran saber cómo definir ni cómo situar.

La conciencia más o menos oscura de la marginación explica, por una parte, el malestar interior de ciertos sacerdotes. Estos querrían

integrarse totalmente, querrían pertenecer plenamente a una sociedad, sentir la seguridad psicológica de la integración completa, porque su soledad y su anomalía sociales les pesan demasiado. Desearían «ser como todo el mundo», no simplemente por sus vestidos, lo que no es difícil y casi lo han conseguido ya, sino también y sobre todo por su misma situación ante la sociedad. Se produce entonces automáticamente el encuentro doloroso de un conformismo eclesiástico, en la medida en que el cuerpo social del clero permanece apegado a sus tradiciones y costumbres y un conformismo general. De ahí sus incertidumbres y sus contradicciones. Ya no saben qué es socialmente un sacerdote. La opinión común de los fieles tampoco lo sabe, ya que han pasado las definiciones estereotipadas tradicionales.

La participación de los seglares en la Iglesia viene a agravar estas incertidumbres. Muchas de las tareas que antes parecían ser propiedad del sacerdote son ahora realizadas, o pueden serlo, con toda facilidad por los seglares. Van desapareciendo antiguas diferencias que con mucha facilidad se transformaban en razones de superioridad. Y desaparecen también seculares divisiones de trabajo ante la creciente invasión de las máquinas. ¿En estas condiciones qué es lo que le queda para el sacerdote? ¿No haría mejor en comportarse como seglar, distinto de los seglares solamente en virtud de su función ministerial? En estas preguntas se encierra el origen del complejo de laicado, de que sufren algunos de los sacerdotes modernos.

¿Cuáles podrían ser las soluciones? Creemos que los problemas han sido expuestos con toda claridad. Pero no se ve tan fácil y tan clara la respuesta, ni se ven muy fáciles las soluciones eventuales que, por otra parte, no podrían implantarse de una manera definitiva sino después de experiencias múltiples que garantizaran el éxito de las mismas.

Podríamos hablar de dos soluciones, tan diferentes que, a veces y al menos en parte, se oponen entre sí. O bien el sacerdote acepta con lucidez y coraje su marginalidad o marginación social, como una especie de ascesis espiritual. O bien el conjunto de sacerdotes tiene que buscar un nuevo estatuto social.

En el primer caso, en la medida misma en que esa marginalidad

puede chocar, puede escandalizar y puede suscitar en los fieles y en los incrédulos deseos más profundos y auténticos de conocer aquella manera de vivir, aparece el sacerdote como una consecuencia de la pobreza evangélica. Y el sacerdote acepta su vida como un desnudamiento y despojarse a sí mismo llevado hasta el extremo de rehusar todo aparato social, todo prestigio colectivo. El sacerdote consiente y acepta voluntariamente ser un hombre sin cualidad, sin estatuto, lo que no significa en modo alguno que se identifica con los laicos y que se disuelve en la masa de los hombres.

El sacerdote, en este caso, no podrá ya imponerse a los que le rodean sino por su propio valor y por una vida netamente de servicio a los demás. No se trataría, en consecuencia, del «Sacerdote D. Pedro Rodríguez», sino de «Pedro Rodríguez, sacerdote». Es fácil adivinar lo que esta nueva orientación exige del sacerdote, la cantidad y cualidad de valores humanos incontestables y la dosis de abnegación que, a veces, puede llegar hasta el heroísmo. ¿Sería esto posible para muchos? Sin confundirse absolutamente con la «desclerificación» que hemos expuesto antes, esta nueva orientación de la vida del sacerdote va en la misma línea.

En el segundo caso, resultaría que el mayor número de sacerdotes buscaría un nuevo estatuto social, muy semejante, por ejemplo, al de las nuevas clases medias asalariadas, como antes se parecía al de la burguesía liberal. A veces nos preguntamos si no es esto lo que, consciente o inconscientemente, buscan algunos sacerdotes, deseosos de un trabajo profesional, cuya psicología se asemeja, en fin de cuentas, a las de los «cuadros directivos» de una empresa, más que a los proletarios o incluso a la de los obreros especializados.

En un momento se ha podido pensar que la generalización del trabajo profesional entre los sacerdotes podría procurarles un estatuto nuevo. Hoy ya nos parece menos probable. Y esto por dos razones: la primera es la inevitable diversidad y la no menos inevitable desigualdad de las ocupaciones profesionales, entre las cuales la condición asalariada no forma más que un denominador común bastante vago e impreciso. La segunda es la necesidad absoluta para muchos sacerdotes de consagrarse enteramente a su trabajo sacerdotal que reclamarán

la mayor parte de las comunidades cristianas. El sacerdote se encontrará o en medio de comunidades antiguas, aferradas a sus tradiciones, que no renunciarán a sus exigencias, o en medio de otras comunidades nuevas que se mostrarán quizás más exigentes todavía ante la variedad de problemas y situaciones religiosas que sólo el sacerdote podría resolver.

El problema sigue en pie. No podríamos responder con los teólogos empleando la consabida fórmula «a priori» o aquella otra «no hay sino esta solución». Creemos ante todo que hay que vivir el problema, lo cual no está exento de peligros. Pero al mismo tiempo no deja de encerrar una buena dosis de esperanza para el porvenir de la Iglesia y de los sacerdotes.

II

EL SACERDOTE EN EL MUNDO

Desprovisto de su estatuto social, el sacerdote se encuentra desplazado, sin un puesto determinado en este mundo donde, según el Concilio Vaticano II, aspira a estar más presente que nunca. Este desplazamiento le hace sufrir a veces un terrible desequilibrio. Y podemos afirmar que una de las cargas sacerdotales más pesadas y una de las quejas más frecuentes es la dificultad, la cuasi imposibilidad que siente el sacerdote para conocer y comprender el mundo contemporáneo, para hablar con él y para obrar en medio del mundo.

Creemos que se trata de una queja fundada y real, incluso cuando se enfrenta o coincide con ciertos excesos y ciertas críticas del sistema tradicional de las estructuras sacerdotales. Si algunos sacerdotes conocen mal al mundo, es que nunca han aprendido a conocerlo en toda su realidad; y si su palabra no puede llegar hasta el mundo, es que ellos no saben hablar el lenguaje de los hombres ni están acostumbrados a hablar con los hombres. Es bien evidente que las introspecciones colectivas de sacerdotes en un ambiente cerrado, con

una «problemática», como se dice ahora, muy restringida y con un lenguaje casi exclusivo de mistagogías y empleado solamente entre iniciados, son muy poco capaces de remediar las deficiencias que advertimos en la realidad.

Aunque sea con ciertas reservas, podemos admitir la constatación de los hechos indicados y en algunos casos con la más cruda verdad. Así como el sacerdote con dificultad puede encontrar un puesto en nuestra sociedad, así experimenta graves inconvenientes para actuar sobre un mundo cada vez más complejo, en completa y progresiva mutación, y cuyo conocimiento resulta cada día más difícil. De este hecho incontestable algunos sacan sus razones para ser como todo el mundo con el fin de poder actuar sobre el mundo. Vamos a examinar ahora algunos de los puntos más interesantes en que el sacerdote pudiera ponerse al nivel de los demás e incluso hacerse como los demás.

La mediación del trabajo

Todos los hombres están sujetos a la ley del trabajo. De este hecho universal algunos concluyen que el sacerdote debe también ejercer una profesión, preferentemente asalariada. De este modo el sacerdote entraría, por la ley común del trabajo, en el mundo. La condición corriente del sacerdote contemporáneo comportaría, en consecuencia, el trabajo profesional.

Mucho tememos que esta conclusión va más allá de las premisas, generalizando y haciendo casi obligatorio, si no canónicamente al menos psicológicamente, lo que no es ni puede ser más que el caso concreto y particular de algunos. Nos parece normal y estupendo que el sacerdote trabaje profesionalmente por espíritu apostólico, para afirmar una presencia sacerdotal en un ambiente determinado, siempre que esa presencia sea efectivamente la presencia de un sacerdote y no se reduzca, como muchas veces ha ocurrido, a la presencia de un seglar más entre los hombres. Esa era la vocación de los sacerdotes obreros, cuya condición social siempre tendremos que respetar y admirar.

Parece normal que un sacerdote consagre todo su tiempo o

una parte de su tiempo a un trabajo o profesión retribuída, para ganar honestamente y según todo derecho, su vida sin verse a cada momento dependiendo de los demás. San Pablo así lo hacía. ¿Por qué no ha de imitarle el sacerdote moderno? La decisión en este sentido es cuestión de una vocación personal, de posibilidades prácticas y, por supuesto, de acuerdo con sus superiores y, a ser posible, dentro de un equipo sacerdotal.

Pero este género de vida, doble en cierto sentido, presenta una serie de problemas prácticos, sobre todo a partir de cierta edad, cuando las fuerzas disminuyen. Si no se considera al sacerdocio como una simple función cultural o como un ministerio muy especializado y limitado, sino como una exigencia que invade toda la vida, si al mismo tiempo se tienen en cuenta las necesidades de las personas y de las comunidades en el cristianismo occidental, no hay razones en contra para pensar que esa condición resultaría difícilmente aplicable a todos los sacerdotes.

Admitiríamos gustosos que un sacerdote hiciera temporalmente o, incluso, definitivamente, la experiencia del trabajo profesional con todas las alegrías, las penas y sudores que comporta, con la plena participación y las cargas inherentes de toda índole. Más aún, creemos plenamente que esta experiencia, en toda su extensión, falta desgraciadamente a muchos sacerdotes que se agitan y se cansan demasiado a veces, pero que ignoran el verdadero sentido del trabajo, las consecuencias terribles y las graves responsabilidades de los trabajadores. Muchos de esos sacerdotes obreros, al menos en parte, tienen asegurada su posición económica, y solamente se enfrentan con el trabajo como una especie de deporte y de juego, con la ilusión e interés que siempre despierta lo desconocido.

Si se nos dice que el sacerdote moderno tiene necesidad de un trabajo profesional o de una ocupación asalariada para conocer mejor al mundo y para actuar sobre él con eficacia y seguridad, nos sentimos un tanto escépticos. Mucho dudamos de que en todo eso no se trata de una visión «a priori», fundada sobre una noción metafísica del trabajo más bien que sobre la realidad socio-psicológica. Esa visión y concepción del sacerdote obrero olvida tal vez demasiado el ca-

rácter del trabajo contemporáneo, excesivamente dividido, especializado, mecánico y fastidioso. Por eso podríamos preguntar: El sacerdote que pasara ocho o diez horas diarias en un taller, con otros seis compañeros, o en una oficina con un centenar de empleados, ¿conocería y comprendería el mundo de su tiempo mejor que otro de sus colegas en el sacerdocio, sacerdote en pleno ejercicio de su ministerio, si éste último sabía ver y comprender, es decir, si era capaz de escuchar y simpatizar con los que le rodean?

Hay que reconocer que existen excelentes argumentos para el trabajo profesional, pero ordinariamente no son los que suelen emplearse cuando se trata del problema del trabajo de los sacerdotes. También tenemos que admitir que no faltan argumentos de peso contra el trabajo profesional, si no para todos los sacerdotes en general, sí al menos para una gran mayoría.

El compromiso político.

Algunos pretenden que el sacerdote asegurará mejor su contacto con el mundo mediante lo que se suele llamar «compromiso político», sin precisar muy exactamente el contenido y alcance de esa expresión.

Si tenemos en cuenta que el sacerdocio no destruye la naturaleza humana, que el sacerdote sigue siendo un «animal político» como los demás hombres, que tiene el derecho e incluso el deber de interesarse en la vida política de su país y del mundo entero, pues todos somos ciudadanos del mundo, y que puede por lo mismo formarse sus opiniones políticas y expresarlas en cuanto ciudadano, no por eso hemos de admitir la realidad inevitable de esos «compromisos políticos». O para expresarnos de una manera más exacta, tan sólo podríamos admitir la realidad del «compromiso político» en su más completa desnudez dentro de una concepción deshumanizada del sacerdocio.

Pero el buen sentido y el sentido cristiano nos recuerdan, sin embargo, que el sacerdote debe vigilar para no colocar la autoridad de su función al servicio de sus opciones personales, ni someter la verdad de Cristo y de la Iglesia al servicio de sus propias opiniones. Y tengamos presente que esa autoridad se deja sentir más de lo que se

puédiera esperar, incluso en medio de un mundo secularizado, que anda buscando mentores y «líderes» de su propia conciencia. Si el sacerdote no tiene cuidado en este aspecto, una vez más caminaríamos o nos dirigiríamos hacia un clericalismo del tipo antiguo o moderno poco importa, pero siempre un clericalismo bien definido. Y la historia nos enseña que el clericalismo suele conducir generalmente hacia el anticlericalismo.

Si con este «compromiso político» se nos quiere decir que el sacerdote de nuestros días no debe vacilar en tomar partido, como lo hace la Iglesia, no sólo en privado sino inclusive en público, es decir no sólo en el silencio de su conciencia, sino desde el púlpito, en cuestiones en que confluyen lo religioso, lo moral, lo social, lo económico y lo político, aunque con ello pueda y a veces deba provocar algunos escándalos y se gane el reproche muy conocido de «hacer política», esto al menos sobre el plano de los principios es indiscutible para un cristiano. Cuando el sacerdote habla no hace sino cumplir con su deber de evangelización. Si refugiado en lo puramente espiritual, es decir en lo cultural, el sacerdote se calla como ha sucedido muchas veces, entonces hace traición a su deber de predicador y propagador del mensaje de Cristo..

A los ojos de los fieles y de la opinión pública, el sacerdote representa a la Iglesia. Esta intuición, pese a las exageraciones a que puede dar lugar, no es del todo falsa, porque habla con autoridad fundamentada en el sacerdocio del Obispo a quien representa. Importa, pues, mucho que conozca bien el pensamiento de la Iglesia y las realidades de su tiempo.

En cuanto al «compromiso político» bajo la forma de alistamiento de adhesión pública a un partido o de aceptación de responsabilidades directivas en un sindicato o en un organismo político, esto ya encierra otras cuestiones políticas. Que esta actitud o actividad política pueda responder a vocaciones particulares, no negamos ni la Iglesia lo ha negado en el curso de la historia. Pero sí queremos precisar que nuestra época es más difícil que las pasadas por esta mezcla de lo espiritual y de lo temporal. No podemos generalizar esta postura polí-

tica con la idea de asegurar la presencia del sacerdote en el mundo. Se nos antoja que esto va más allá de las premisas.

Comprometido en un partido político, el sacerdote será, quiéralo o no y sean cuales fueren sus facultades de desdoblamiento, el hombre del partido. Conocerá el partido y vivirá y actuará por el partido. Una vez que haya logrado conocer al mundo, ¿logrará actuar como sacerdote en el mundo? Este conocimiento y esta acción parciales serán pagadas muy caro y dejará de ser el hombre de todos, el hombre de una comunidad, para convertirse en el hombre de un clan, que tal vez llegará a desengañarlo. ¿Cuántos no han sido los militantes políticos que se han visto desengañados por sus mismos partidos y que han encontrado verdadero asco allí donde antes hallaban motivos para trabajar alegres por una causa? ¿Sería el sacerdote una excepción a esta ley general? ¿Pensaría ser esa excepción precisamente a causa de la ingenuidad que proviene de su desconocimiento del mundo? Si da su vida a un partido, corre el riesgo de descubrir un día que ha perdido su tiempo sacerdotal y se ha contentado con la sombra del problema y no con la realidad del mismo.

No hemos de olvidar que el sacerdote es, ante todo, el hombre de todos y para todos. Por eso aun cuando puede ejercer gran influencia en la política del mundo, tal vez deje resentirse su misión en cuanto sacerdote si se ocupa por entero de los intereses de un determinado partido político. El sacerdote no puede olvidar nunca su presencia sacerdotal en el mundo. Si esa presencia se diluye o desaparece por completo, entonces el sacerdote, en cuanto tal, deja de existir para convertirse en un elemento más de la sociedad.

Es preciso que el sacerdote se halle presente en el mundo, presente en su tiempo, comprendido y amado, pero siempre con una presencia sacerdotal, presencia que tiene cuenta de las necesidades espirituales y no descuida al mismo tiempo las realidades socio-psicológicas. Las modalidades de esta presencia pueden ser múltiples y diversas. Lo que el mundo busca en la actualidad son precisamente nuevos tipos de presencia auténticamente sacerdotal. Proponer para el sacerdote la presencia propia de un seglar, sin proyección esencialmente espiritual, sería acabar con el sacerdocio. Sería arruinarlo de una vez para siempre.

El celibato sacerdotal.

La presencia del sacerdote en el mundo puede incluir justamente el examen del celibato. Efectivamente, muchos sacerdotes y muchos fieles, cada vez más numerosos, creen que el matrimonio y la familia podrían asegurar al sacerdote de un modo más auténtico y fecundo su plenitud personal y su presencia apostólica en el mundo. Estiman que el matrimonio, en este sentido, sería preferible al celibato que se ha mantenido durante tantos siglos en la Iglesia latina.

Esta parte de la opinión pública y la prensa que la refleja conceden, en nuestra época hiper-sexualizada, un poco de excesiva importancia a un problema que hay que reconocer es bastante grave, aunque no tan nuevo y actual como pudiera pensarse.

En un artículo que publicó en *Le Monde*, Marc Oraison parece ver en las discusiones y en la agitación en torno al celibato eclesiástico una manifestación del problema sacerdotal más bien que una causa del malestar mismo. Creemos que esa opinión del ilustre psicólogo francés es aceptable. Desgraciados, desconcertados, inquietos y muy frecuentemente solitarios —ora se trate de la soledad de sus parroquias rurales o de la soledad espiritual en la inmensidad de las ciudades— estos sacerdotes sueñan con el matrimonio como remedio y fin de sus sufrimientos y de sus tormentos interiores. La opinión en que se ven inmersos les lleva a pensar así, ya que ordinariamente se cree en la fuerza casi irresistible del apetito sexual. Incluso se llega a considerar este grupo de «rechazados» de la sociedad como otros tantos desequilibrados, o a lo menos como unos tipos raros y originales.

La experiencia ha hecho desaparecer muy pronto estas ilusiones ópticas, con frecuencia demasiado tarde, si tenemos en cuenta la suerte de numerosos sacerdotes que, abandonando con todos los permisos de la Iglesia el sacerdocio y abrazando el «santo estado del matrimonio», no han encontrado con ello la felicidad que buscaban.

Hay que considerar el celibato sacerdotal, por lo que ahora nos importa a nosotros, desde el punto de vista psicológico y sociológico, dejando a un lado sus aspectos teológicos y espirituales. Desde este

punto de vista creemos que no podremos establecer ninguna razón determinante, ni en pro ni en contra del matrimonio o del celibato de los sacerdotes. Solamente queremos señalar una orientación general, previa para el conocimiento perfecto del aspecto teológico y espiritual del celibato.

Noción romántica del matrimonio.

Hemos notado más arriba cómo y hasta qué punto corresponde con la realidad contemporánea una concepción teórica, idealizada y, en el fondo, romántica del trabajo. Podríamos hacer lo mismo acerca de las nociones del amor y del matrimonio.

Lo que llama la atención en la mayor parte de los argumentos en pro del matrimonio de los sacerdotes es la oposición simplista y sentimental entre un celibato, pintado con los colores más sombríos, y un estado de matrimonio enfocado bajo una luz apacible y sonriente, dorado como la luna de miel. Se habla solamente de matrimonio y se olvida, en general, la secuencia lógica que es la familia. La familia con sus cargas, con sus responsabilidades y con su esclavitud apenas si aparece en la discusión. Queda en un plano muy secundario, y sólo se proyecta la luna de miel.

Dentro de unas perspectivas, a la vez muy masculinas y un poco adolescentes —podríamos hablar en este caso de una «psicología de soltero»— se habla, sobre todo, del cumplimiento y de la perfección personal y humana del sacerdote, para el cual la experiencia conyugal sería poco menos que imprescindible o indispensable para llevarlo a la madurez espiritual. Se habla mucho menos de la esposa, y casi nunca del niño que, sin embargo, cuentan muchísimo en la dinámica familiar. ¿Qué serían los hijos de los sacerdotes? Es preciso abordar la cuestión. La experiencia protestante, las experiencias anglicanas y las orientales nos demuestran que la cuestión existe.

Podríamos preguntarnos si ciertos sacerdotes de nuestros días no han sido sorprendidos en su mismo juego intelectual. Estos sacerdotes felizmente han vuelto a descubrir la misión de la mujer, la belleza y la santidad del amor humano. Pero siendo solteros, han idealizado peligrosamente estas nociones, hasta el punto de exasperar a veces, por

su idealismo simplista, los matrimonios que han pasado la fase de los primeros amores. Una metafísica del amor, más o menos neoplatónica, se mezcla en este sentimentalismo, como en tiempos pasados se mezclaba en torno al ideal y belleza de la virginidad. Lo primero que tendríamos que hacer para ver claro sería liberarnos de las especulaciones filosóficas y enfrentarnos con una realidad familiar, con un hecho tangible que con frecuencia se acerca más a los colores grises que a los rosas.

El matrimonio de los sacerdotes resolvería ciertos problemas —si es que era capaz de hacerlo— sólo a condición de dar paso a otros nuevos, tan agobiantes y serios como los desaparecidos: los de la unidad conyugal, los de la fidelidad, los del número y la educación de los hijos. El que en plena madurez espiritual falla a su promesa de celibato ¿mostraría más constancia y fidelidad a las promesas hechas a su esposa?

Por otro lado las experiencias a que nos hemos referido más arriba, experiencias del clero protestante y de los sacerdotes orientales, descubren que no sería ni fácil ni siempre alegre ser la esposa o los hijos de un sacerdote. El ejemplo de los militantes laicos, que con frecuencia son aducidos en las discusiones sobre el celibato, no debe hacernos demasiadas ilusiones. Ciertos matrimonios de militantes no son precisamente modelos; ni ciertos hijos de militantes constituyen siempre un éxito ni son causa de alegría y satisfacción para sus padres. Además, cuando las dificultades familiares son muy grandes, el militante seglar siempre tiene la posibilidad de suspender o de reducir sus actividades militantes, que el sacerdote nunca podría hacer so pena de renunciar a su mismo sacerdocio o ministerio.

Matrimonio y conocimiento del mundo.

Algunos aluden al conocimiento del mundo que alcanzaría el sacerdote mediante su compromiso conyugal y familiar. Esta visión es demasiado optimista a los ojos del psicólogo o del educador profesional. Los partidarios del matrimonio de los sacerdotes suelen preguntarse a veces: ¿No debe el sacerdote enseñar muchas veces la psico-

logía de la mujer? ¿A cuántos padres de familia no debe el sacerdote ayudar a comprender a sus hijos ante los cuales se sienten desamparados?

Lo que hay de cierto en el argumento —y hay que ponerlo de relieve— es que el sacerdote, muchos sacerdotes conocen muy poco y muy mal la existencia concreta de las familias. Educados hasta ahora en ambientes cerrados, cortados y separados de la realidad cotidiana, alejados del hecho tangible de la familia, permanecen como al margen y embarazados ante la realidad que se llama la familia. No es difícil distinguir a un sacerdote cuya infancia ha pasado en una familia viva de aquel otro que, desde sus más tiernos años, ha vivido en un mundo masculino y clerical, o de aquel otro al que la situación de hijo único le ha impuesto un cierto sello de solitario.

Nadie se atrevería a sostener que los sacerdotes casados conocerían mejor la familia y las familias, partiendo de una experiencia única, necesariamente limitada y a veces falseada por el ejercicio mismo de su sacerdocio. Por el contrario, una larga experiencia prueba que los solteros consagrados pueden comprender admirablemente el complejo fenómeno de la familia y pueden servir a ella con toda la eficacia.

Un doble clero

Si la libertad de matrimonio, concedida a los sacerdotes, podía resolver algunos casos particulares, cosa que admitimos con todo convencimiento, estas ventajas correrían el riesgo de costar muy caras al cuerpo sacerdotal por los inconvenientes que no dejarían de surgir. Nos encontraríamos con la coexistencia de sacerdotes casados y de sacerdotes solteros que conduciría casi inevitablemente a la comparación de los dos cleros.

Las iglesias orientales han institucionalizado esta dualidad mediante la distinción entre un clero secular, comprometido voluntariamente en el matrimonio, y un clero regular, de sacerdotes célibes, de donde se escogen los obispos. ¿Tendríamos que implantar una división semejante en las iglesias occidentales? Psicológicamente resultaría muy difícil, por no decir imposible.

Al lado de un clero regular, que seguiría siendo fiel al celibato en virtud de sus votos, la ruptura entre sacerdotes casados y solteros pasaría al interior mismo del clero diocesano. Sería muy difícil evitar las rivalidades tanto entre los sacerdotes como entre los fieles. No faltarían preferencias por el clero de los casados o por los solteros. Fácilmente surgirían comparaciones molestas, ya que los sacerdotes casados estarían menos disponibles. Habría que enfrentarse con la cuestión económica que aparecería de una manera más brutal, ya que los fieles o el trabajo de los sacerdotes deberían proveer al mantenimiento de sus familias y a la educación de sus hijos.

Tal vez la cuestión económica, en países económicamente fuertes y poderosos, no ofrece una dificultad especial. Los entendidos en la materia han podido observar que «las contribuciones de los católicos a la Iglesia en los Estados Unidos están muy lejos de ser insuficientes». El salario aproximado de un pastor luterano en la actualidad es de unos 7.000 dólares anuales, aparte de los gastos ocasionados para el mantenimiento de su casa, propiedad de la parroquia, y los producidos por su ministerio pastoral. El salario de un sacerdote en Estados Unidos, teniendo en cuenta los estipendios de misas y otros servicios ordinarios y corrientes puede llegar muy fácilmente a los 350 dólares mensuales. Si tenemos en cuenta que los gastos de habitación y alimentos, gastos del coche, servicio, etc. están pagados por la parroquia, creemos que no está mal. Aunque si lo comparamos con el salario de un trabajador especializado, supone menos de la mitad, en el peor de los casos.

Por otra parte, en medio de esa dualidad de cleros aparecerían presiones sociales para casar a los solteros más o menos a la fuerza, o para obligar al celibato a los que desearían casarse. Según toda probabilidad, el clero diocesano perdería todo prestigio frente a un clero regular, casto y duro, más culto y más disponible, que seguiría estando tan presente en el mundo como el clero diocesano, por no decir más presente y más activo.

Una experiencia milenaria

Comprendemos por esto la reticencia de la Iglesia ante el matri-

monio de los sacerdotes, aunque reconocemos que el celibato no es esencial al sacerdocio. Tal vez llegue el día en que se ordenen sacerdotes hombres casados, cristianos que hayan dado pruebas de su valor y de su fidelidad, por supuesto con pleno consentimiento de sus esposas, en las que no siempre se piensa como fuera de desear. Tal vez esta medida sea deseable y, en algunos lugares, la única posible. Pero ¿es probable que la Iglesia no permita el matrimonio a sacerdotes ya ordenados, y que siga reduciendo al estado laical a cuantos sacerdotes deseen casarse, prohibiéndoles el ejercicio de su ministerio sacerdotal?

Mucho se está hablando en nuestros días. Muchas son las razones que aducen los partidarios de la libertad del matrimonio para los sacerdotes o para los aspirantes al sacerdocio. Cuando la Iglesia sigue conservando la obligatoriedad del celibato, está salvaguardando los resultados de una experiencia milenaria, resultados que no siempre han sido felices, pero que han ido constituyendo el valor humano, la fuerza espiritual y la disponibilidad apostólica del sacerdocio.

Pero el cambio de los tiempos, que tan profundamente ha afectado a las viejas estructuras de la sociedad ¿no está pidiendo una reconsideración del problema sacerdocio-celibato? ¿Hasta qué punto hay que pensar que el sacerdote casado no puede desempeñar dignamente una función ministerial que le ha sido encomendada por la Iglesia y cumplir al mismo tiempo con las cargas de una familia que él libre y voluntariamente ha fundado?

Sacerdocio y celibato

En principio no hay nada que se oponga a que el sacerdote se mantenga célibe, tal como aparece en la legislación actual de la Iglesia latina. Dejar en libertad para contraer matrimonio supondría la casi completa desaparición del celibato. No hay que hacerse demasiadas ilusiones. Tenemos el ejemplo de la experiencia luterana que, desde los comienzos de la reforma hasta el presente, demuestra claramente, sin lugar a duda, que el celibato «opcional» o potestativo no pasa de

ser un eufemismo. Son tan pocos los ministros protestantes que escogen el celibato, que no se puede hablar de un estado, sino más bien de una excepción a la regla general. Debemos ser realistas y ver las cosas tal como son en la práctica y no como podrían ser en un estado de cosas muy diferentes del nuestro. La opción al matrimonio o al celibato ha sido la práctica del clero luterano y podemos constatar el hecho de que la Iglesia luterana, y las demás confesiones protestantes en este aspecto, no ofrecen al mundo el testimonio palpable de un celibato permanente. Creemos que en la Iglesia Católica ocurriría lo mismo.

Es cierto que entre los protestantes no faltan personas que consagran su virginidad a su ministerio, como ocurre con algunas de las diferentes Congregaciones religiosas que todavía se mantienen en el seno del protestantismo, tanto de hombres o de mujeres. Pero aparte de que los monjes protestantes son muy pocos en comparación con los monjes y religiosos, hombres o mujeres, del Catolicismo, los ministros protestantes son en su mayoría casados. Y no hemos de afirmar por ello que no tengan aprecio de las virtudes, ni desconozcan el valor de la virginidad.

Aunque a veces los datos que nos ofrecen las encuestas o los centros que «palpan» la opinión pública no sean del todo convincentes, es curioso que según un estudio sociológico llevado a cabo en Norteamérica por el «National Opinion Research Center», bajo la dirección del Rev. Andrew Greeley, resulta que solamente uno de cada cinco sacerdotes estaría dispuesto a casarse, si se lo permitieran. Aun admitiendo la realidad de este resultado, creemos que no hemos de ser tan ingenuos de pensar que, dentro de dos o tres generaciones, seguirá siendo el mismo promedio de los que desearían contraer matrimonio.

La naturaleza humana, redimida o sin redimir, parece afirmar lo contrario, y la experiencia protestante a lo largo de más de cuatro siglos confirma la misma opinión. En otras palabras, la evidencia nos demuestra de modo incontestable que el único celibato real y fecundo es el celibato impuesto en la Iglesia Católica, ya que la ley eclesiástica e incluso las sanciones mismas aportan una ayuda psicológica para mantenerse en el camino que uno libremente ha escogido, y los

miembros del clero que participan y se someten a esta misma disciplina del celibato se ayudan mutuamente, mediante esto que podríamos llamar «soporte de grupo», para perseverar fielmente en este estado ideal del celibato sacerdotal.

Se ha afirmado más de una vez que el sacerdote es un siervo. Pero es algo más. Es un intercesor, una víctima. Y, en el orden de la fe, podemos afirmar que el sacerdote es como una visión anticipada de la gloria de la resurrección. Este es el camino que él ha escogido, al ser llamado por Dios, y esa es la meta a donde sus ojos deben aspirar incansables.

Creemos que el conflicto existente no debe ser expuesto en términos de la inherente superioridad de la virginidad sobre el matrimonio. El factor de la oposición irreconciliable no debe manifestarse en la afirmación corriente que reconoce que un sacerdote casado sería ineficaz en el servicio y en el ministerio. Creemos, más bien, que el celibato integra y comprende la totalidad de lo que significa el sacerdote, dentro del cuadro de su vida sobre la tierra y de la vida del más allá, y deriva todo su valor de esta realización maravillosa.

Ninguna época del Cristianismo ha esperado una respuesta más heroica y una entrega más completa de parte de los sacerdotes célibes de la Iglesia Católica como la nuestra. Es decir, nunca el celibato ha supuesto una importancia tan capital y ha desempeñado un papel tan categórico para la conservación y acrecentamiento de los valores eternos como en nuestros días. ¿Cuál será el porvenir de esta institución eclesiástica tan elocuente, dentro del silencio y del sacrificio que supone en nuestros sacerdotes?

Presencia auténtica del sacerdote

Tal vez muchos de los problemas que se debaten en torno al sacerdote se resuelvan cuando se conoce su esencia, en toda la autenticidad, sin palabras vacías que desdibujan la realidad, sin los adornos de un tecnicolor muy estudiado que oculta los caracteres de los personajes. Y es que a veces son tantas las funciones del sacerdote que nos

hacen perder la esencia. A veces hemos leído que el sacerdote es un organizador, un predicador, un «profesional», un mediador. Es el hombre de ciencia, el consejero, el confesor, el pacificador, el director espiritual, el siervo del pueblo fiel. Podríamos alargar la lista casi hasta el infinito. Su identidad se basa en sus funciones cúllicas, en ser un revolucionario, un profeta, un hombre aparte, el creador de una comunidad, el teólogo, el padre, el hombre de oración y el Cristo entre los hombres.

Y es que los sociólogos, los psicólogos, los filósofos, los historiadores, los teólogos y todos los que se ocupan de pastoral o de otras cuestiones, sienten la tentación de estudiar el sacerdote hasta el punto de considerar al sacerdote actual a nivel de igualdad con otras profesiones, basados solamente sobre principios de las ciencias naturales. Pero ¿es que no caben otras dimensiones y proyecciones en el caso del sacerdote cristiano?

El sacerdote es, ante todo, un hombre, a imagen de Dios, que lucha conscientemente para lograr la plena identificación de sí mismo, el proceso de perfeccionarse hasta ser en la realidad la imagen de Dios, que constituye el dinamismo y el fin de su ser. Ese hombre está convencido de que Cristo tiene bastante que hacer en ese proceso de deificación.

El sacerdote es el hombre que ha sido llamado por Dios para «ser hombre». Podríamos afirmar que la finalidad principal del sacerdote es «ser», es decir, para realizar más perfectamente su propia esencia, para madurar la plenitud de su auto-identidad. Y el modo más auténtico para lograr eso, es desarrollar su propia identidad en y por medio de las relaciones interpersonales con los otros. Y si la perfección de su auto-identidad solamente se puede lograr mediante las relaciones con los otros, la perfección de uno mismo depende de la perfección de los otros. En este aspecto entran de lleno en la esencia y en la vida del sacerdote las dimensiones de virtud y de pecado. En la medida en que uno se pierde a sí mismo y se desprende de lo que es su propio yo para dar entrada a los elementos de la humanidad manifestada en el otro, se encuentra a sí mismo y encuentra su auto-identidad, fundida y perfeccionada en la persona de los otros.

Al igual que todos los hombres, el sacerdote tiene como finalidad «ser sacerdote». El sacerdote puede adquirir una parte de su plenitud personal mediante la realización de su función. Pero no hay que perder de vista que el éxito funcional y el éxito personal son dos cosas muy diferentes. Uno puede tener todos los éxitos posibles en su profesión y al mismo tiempo puede ser el más alejado de la realización en su propia personalidad, y de su auto-identidad.

Es cierto que el sacerdote no existe en el vacío. El sacerdote debe «hacer» algo. Debe aspirar y lograr, en lo posible, el éxito de su función. Pero el hecho es que el éxito no especifica su identidad como sacerdote. Podemos decir que el sacerdote no se especifica por su función. Por el contrario, su función recibe su propia especificación en virtud de su misma «sacerdotalidad».

Según esto, podemos afirmar que el sacerdote que considera su sacerdocio solamente como un oficio, como una función, y no como algo que fluye espontáneamente de su propio «ser», o el que se limita a considerar a Cristo en sus funciones de Redentor, de Salvador, o el que reduce su expresión de sacerdocio a predicar acerca de Cristo y no a predicar a Cristo, está llamado a terminar en un divorcio con su ser, en un fracaso con su esencia misma. Y el divorcio no es solamente la negación de una persona en cuanto persona. Puede coexistir con un respeto profundo hacia otra persona. Lo que se da en todo divorcio es la constatación de que el otro no es «el otro» que completa mi personalidad individual. El divorcio se da tanto como separación de una persona como cuando esa persona es considerada solamente como una mera función.

¿Qué «es», pues, el sacerdote? El sacerdote «es» uno que ha sido llamado a «ser» él mismo, completo en la medida de lo posible. Y ser perfectamente él mismo significa «ser» perfectamente un hombre, hecho a semejanza e imagen de Dios, en su Trinidad. El sacerdote debe completarse en «el otro», que es Cristo. Su identidad se encuentra en la identidad *de* Cristo, en la identidad *con* Cristo.

El sacerdote es el hombre que está comprometido con Cristo, deseoso de hacer partícipes a los demás de su experiencia con Cristo; comprometido con los otros y con su individualidad, a causa de la

dignidad de la personalidad de los individuos; sabiendo que ellos son amados de Cristo, convencido de que sólo por medio de ellos en cuanto personas Cristo podrá ser apreciado como persona, en toda su intensidad.

El sacerdote es un hombre que ha recibido una llamada de Dios y de la comunidad para «ser» lo que es. Los efectos espontáneos de este ser deben revertir a la comunidad. El sacerdote debe estar presente en su Comunidad, como alguien que se interesa por cada uno, como el que desea participar con cada persona la experiencia que él posee de Cristo, gracias a la oportunidad que le concede esa comunidad. Cómo ha de realizar esto, depende de sí mismo, del conocimiento de sí mismo, no sólo como persona, sino en cuanto conjunto de habilidades, de talentos, de capacidades, e incluso de faltas. Cómo ha de participar de Cristo con los demás, depende también de la comunidad y de los individuos dentro de la comunidad, sus necesidades y sus imperfecciones. Pero siempre el sacerdote participará de Cristo con la comunidad en la medida como Cristo se hace participante él mismo, mediante el servicio a la comunidad en virtud de su presencia personal en todos los miembros de la comunidad.

Cuando en nuestros días se pretende una respuesta única acerca del papel del sacerdote en la sociedad, en el mundo, se corre el grave riesgo de caer en un error que se produce al intentar concretar dicha respuesta. Los tiempos han cambiado y el hombre moderno se da cuenta de que hay que cargar con su propia responsabilidad como individuos. Estamos viviendo en una época de creciente pluralismo cultural, social y étnico. La función del sacerdote ya no puede ser clasificada dentro de los límites de lo «standard». Existen ahora demasiadas variaciones en la comunidad. La realización de la propia unicidad como persona libra al sacerdote de comprometer el don de su individualidad en pro de una «standardization» extraña y preconcebida. El sacerdote debe verse libre para ser él mismo, en su aceptación de Cristo y en la participación de Cristo con la comunidad.

Y en este sentido muchos experimentan el desengaño y la frustración. El sacerdote se siente como maniatado por la expectación y las modas sociales de vivir y de obrar, basadas en una visión y apreciación del mundo que ya no son válidas. Por una parte, la sumisión al

sistema con todas sus consecuencias, y por otra la ruptura con dicho sistema contribuyendo con ello a la confusión que reina en nuestros días. Este dilema es causa ciertamente de su frustración. Pero podríamos preguntarnos: ¿Cuál es la diferencia entre esa frustración, experimentada por el que se siente seguro en su propia identidad en Cristo, y esa otra frustración a que llega el que se ha formado unos criterios nuevos y personales para asegurar el éxito de llegar a esa identidad, mediante la predicación, o mediante la enseñanza, o la administración o mediante el ejercicio de otra profesión cualquiera?

Lo que el sacerdote advierte es que se ve a sí mismo y ve a los otros, y consciente de su identificación con Cristo, determina de qué manera puede llegar a ser él mismo en su propia unicidad y soledad, y cómo puede comunicar a Cristo a los demás. Cualquiera de las funciones, que son expresiones del ser y que la situación de la vida de la comunidad ofrece al sacerdote en su unicidad, en cuanto individuo, son posibles modos de ser sacerdote, si al través de estas funciones el sacerdote posee los medios de comunicar y de hacer a la comunidad participante de Cristo, grado supremo del ser.

Pero hay que tener cuidado en todo esto. El sacerdote no establece su identidad personal en el modo como expresa su sacerdocio. Debe estar siempre abierto al cambio, porque debe estar siempre abierto a las necesidades de la comunidad y de los individuos dentro de la comunidad. Su función ministerial no pasa de ser un medio para conseguir el fin, para llevar a Cristo a los otros y para hacer que los demás lleguen hasta Cristo. En modo alguno podrá terminar la plenitud de su sacerdocio sino en una respuesta generosa a las necesidades de la comunidad, en cuanto que esto responde a una comunicación y participación más generosa de Cristo.

En el sacerdote todo debe estar dirigido hacia la unión con Cristo: unión del sacerdote con él en cuanto individuo, pero un individuo en dialéctica personal mutua con los otros por medio de los cuales su identificación con Cristo se hace más intensa y con los cuales se perfecciona la unión más íntima con Cristo.

Así como «todos» los hombres están llamados a «ser» lo que es la sola dimensión especificadora de la identidad de un hombre, así

también hay algunos que están invitados a aceptar a Cristo como «el único otro» en la plenitud de su auto-identidad, y todos los cristianos están llamados a compartir a Cristo con los otros —sacerdocio de los fieles—, aunque sean éstas también las únicas dimensiones que especifican la identidad y funciones del sacerdote.

Con esto, creemos que hemos expuesto, de un modo más o menos concreto, en qué consiste la presencia del sacerdote en el mundo. Se nos antoja que, si se tiene en cuenta el alcance de la presencia auténtica del sacerdote y la realidad de sus funciones, los otros problemas a que hemos hecho alusión más arriba quedan resueltos. Y al contrario, cuando no se enfoca bien la esencia del sacerdote, es muy difícil establecer en sus justos límites la presencia del sacerdote en el mundo de hoy.

III

LA FORMACION DEL SACERDOTE EN EL SIGLO XX

Vistas las dificultades del sacerdocio en nuestros tiempos y sean cuales fueren las soluciones que se intenten dar a los problemas sacerdotales, no cabe duda que la formación del sacerdocio o de los aspirantes reviste una importancia mayor que en otros tiempos. No se trata solamente de su formación, de su preparación, sino también de su continuo «aggiornamento» de su puesta al día que impone el correr de los tiempos, si no queremos quedar rezagados en el ambiente en que nos encontramos.

Resulta imposible que un sacerdote de nuestros días pueda vivir toda su vida valiéndose del caudal intelectual y espiritual de su juventud, tanto más cuando ese caudal intelectual resulta con tanta frecuencia tan escaso.

Falta o ausencia de formación

Aun con el riesgo de parecer duro y exigente, creo que tenemos que establecer un proceso verbal acerca de la carencia o más bien de la insuficiencia que advertimos en la formación intelectual del clero. A juzgar por sus resultados y, en particular, por el comportamiento intelectual de ciertos jóvenes sacerdotes, la formación intelectual aparece a la vez insuficiente y bastante defectuosa.

Muchos de los sacerdotes jóvenes carecen de una auténtica cultura humana. Otros muchos más cultos pero solamente de acuerdo con la noción tradicional de las humanidades grecolatinas, carecen de una cultura adaptada a nuestro tiempo. El conjunto de sacerdotes aparece, en general, menos culto que el conjunto de las categorías sociales que han disfrutado de una formación tan larga como la de los seminarios o colegios de religiosos. La formación intelectual de un sacerdote, prescindiendo de lo que constituye el aspecto puramente sacerdotal, es notablemente inferior a la formación intelectual de un médico o un profesor de filosofía.

No es raro descubrir una falta de conocimientos científicos, una carencia de conocimientos gramaticales o literarios, ignorancia de las lenguas vivas, desconocimiento de la historia, incluso de la historia sagrada y eclesiástica, ausencia cuasi total de una formación estética, musical, etc. Y esto, ciertamente representa un grave retroceso con relación a los tiempos pasados. No creemos exageración el poner de relieve estas deficiencias en la formación de muchos de los jóvenes sacerdotes de nuestros días.

Algunos sacerdotes, por un activismo exagerado y por un pragmatismo vivido desde hace muchos años, se consolarán pensando que no tienen necesidad de todo ese bagaje cultural para el apostolado en un ambiente popular y, sobre todo, en un medio obrero que les encanta. Solamente son capaces de darse cuenta de la falta de conocimientos quienes sienten la necesidad de una formación más integral. Y en consecuencia los que no advierten la ausencia o falta de una formación adecuada no pueden ser jueces imparciales en el asunto.

Esos sacerdotes se equivocan en una época como la nuestra en

que los medios de difusión extienden, ya que no la cultura, al menos los conocimientos y las nociones más generales en todos los medios y en una época en que el sacerdote debe responder a todas las cuestiones, hasta las más impensadas. ¿Cuántos sacerdotes jóvenes serían capaces de apreciar exactamente la belleza y el mensaje de una película, por ejemplo: «Un hombre para la eternidad», «El séptimo sello»? ¿O cuántos podrían asistir —en realidad son muy pocos los que asisten— gustando del espectáculo, a una emisión sobre la Guerra de Troya, o la conquista de las Galias por los ejércitos de César? ¿Cuántos captan la belleza de «La sinfonía de los salmos», del recientemente fallecido Igor Stravinsky, o asisten a la representación de uno de los dramas de Esquilo o de Eurípides? No hablemos ya de programas de televisión en que se discuten problemas puramente científicos. Si somos sinceros, confesaremos que cuentan con más adictos los programas de fútbol, boxeo, o seriales cinematográficos, sin ningún valor estético.

Tal vez se tranquilizarán pensando que los sacerdotes de hoy conocen, al menos, mejor su propio tiempo que los de tiempos pasados que, tenemos que confesarlo, conocían muy mal el que les tocó vivir. Pero querríamos estar seguros de este progreso y de este avance en el conocimiento de los tiempos. La lectura de «Cuadernos para el diálogo», o la suscripción a revistas como «La actualidad española», «Índice», «Incunable», etc., por importante que sean indudablemente estas revistas y otras similares, no es suficiente para conocer una época tan complicada como la nuestra, como tampoco lo era en tiempos pasados la lectura diaria y exhaustiva del período regional o madrileño a que tanta importancia daban nuestros antepasados.

Nos atreveríamos a señalar aquí una laguna, casi abisal y especialmente peligrosa. Nos referimos a la ignorancia de las ciencias humanas: economía, sociología, psicología, antropología cultural, pedagogía, etc., que resultan imprescindibles para comprender la vida de todos los días. La televisión, en gran parte, ha contribuido a exagerar estas deficiencias culturales cuando muy bien habría podido colaborar para un mayor conocimiento de las ciencias humanas.

No creo exagerar nada si afirmo que los jóvenes prefieren programas fáciles, lecturas facilonas, que les dispensan de una reflexión

profunda y de un estudio silencioso y sosegado. Hemos llegado a una cultura pasiva, que consiste en una serie de conocimientos generales y vulgares que nos vienen casi exclusivamente por las antenas de la televisión o de la radio o mediante la lectura del periódico o de revistas para el gran público. No es que pretendamos prohibir, ni mucho menos, la lectura de esas revistas ni la asistencia a esos programas fáciles y baratos. Pero sí que sería bueno recordar que existen en las lecturas y en los programas, como en todas las cosas, una cierta jerarquía de valores según la cual deberíamos escoger. Lo que sí queremos constatar es que el periódico y las revistas ilustradas y las horas pasadas «pasivamente» ante el receptor de radio o televisión son incapaces por sí mismos para formar suficientemente a un sacerdote de nuestros días.

Si consideramos los estudios de los seminarios o colegios y de las Facultades mismas de teología, tenemos la impresión de que las ciencias religiosas se tratan un poco como la música y el dibujo son tratados en la enseñanza secundaria.

Quizás nuestros colegios preparatorios o seminarios han continuado mucho tiempo aferrados a una enseñanza exclusiva de las humanidades greco-latinas, con métodos superados hace tiempo, con detrimento de las matemáticas y de las ciencias. Desde hace algunos años estamos asistiendo a una renovación de los estudios, y vemos cómo se van introduciendo algunas nuevas asignaturas en los programas eclesiológicos. Pero aun cuando el sacerdote aproveche en la máxima proporción la enseñanza de las ciencias, sentirá la ausencia de contactos intelectuales con la mayoría de nuestros contemporáneos que han recibido una formación científica y técnica.

Sin duda alguna, la falta de preparación suficiente en los sacerdotes se refleja más tarde en la falta de interés que presentan muchas de las homilias y de los sermones, o en los errores o falta y hasta carencia de un cierto gusto y sentido estético que se advierte en la predicación, en la liturgia y en muchas de las manifestaciones de los sacerdotes. No es raro asistir a sermones o discursos de sacerdotes en que se quieren tratar temas de actualidad, pero donde hasta el más miope advierte una carencia tan manifiesta de preparación y donde se aducen

argumentos tan débiles y tan poco convincentes que personas cultas y preparadas no pueden por menos de sonreír, si no es que llegan a reírse descaradamente o a sonrojarse avergonzados ante la cultura tan superficial de los sacerdotes

Hemos de admitir, queramos o no, que el sacerdote no es solamente un profesional. Tenemos que afirmar que el sacerdocio no es un oficio, o al menos que no es solamente un oficio, aunque algunos de sus aspectos lo equiparen a un oficio. Ahora podemos preguntarnos: ¿La preparación o la formación actual del sacerdote le dispone para desempeñar dignamente esas actividades especializadas y, hasta cierto punto, técnicas de su ministerio? El oficio del sacerdote exige una palabra fácil en público, y mucho más ahora con el puesto tan elevado que ocupa en el ministerio sacerdotal la liturgia de la palabra.

¿Cuántos de los sacerdotes, al comienzo de su ministerio, saben verdaderamente hablar en público? A veces ni siquiera saben leer con el debido decoro y dignidad, con la dignidad y facilidad que a veces admiramos en algunos locutores de radio o televisión. ¿Cuántos pueden emplear un lenguaje moderno, propio de los problemas de nuestros días? Incluso, casi nos atrevemos a decir, algunos ni siquiera saben emplear el «micro» en sus primeras actuaciones en público. Muchos tienen que hacer, al comienzo de su ministerio, un segundo aprendizaje con grave detrimento del público que asiste a sus funciones. Muchos no logran jamás liberarse de sus cuartillas que leen con un tono cansino y monótono que contrasta en toda la banda con el tono a que los oyentes están acostumbrados por la radio, el cine, la televisión, o el teatro.

Creemos que es éste uno de los puntos más importantes y que con harta frecuencia se descuida desgraciadamente. Los profesores de filosofía o de teología creen que es humillante tratar de cuestiones de pronunciación, declamación o redacción cuando tienen delante problemas tan profundos que exponer a sus alumnos. Y con todo, no estaría de más que antes de profundizar en algunos aspectos de teología o de filosofía especulativa los alumnos se sintieran capacitados para hablar en público o a lo menos para leer con dignidad y con estilo.

El oficio del sacerdote comporta una enseñanza religiosa fundada

a la vez sobre conocimientos propiamente teológicos y una preparación pedagógica. En lo que a esta última se refiere, creemos que los progresos de los últimos años son evidentes. Los métodos tradicionales de enseñanza han dejado vía libre a otros procedimientos modernos y no es raro que colegios bien montados dispongan ya, entre otras cosas, de unos buenos laboratorios, y tengan a su alcance los medios audiovisuales para la enseñanza de las lenguas modernas.

A veces se experimenta la impresión desagradable de que, en sus cursos de teología, algunos sacerdotes no han conseguido o no han logrado conservar más que una deformación mental y un gusto excesivo por la deducción y un afán desmedido por hablar de generalidades abstractas. Se tiene la impresión de que ignoran las dificultades y las sequedades de un trabajo de investigación teológica, llevado de acuerdo con el rigor científico actual. Con frecuencia se nos antoja pensar, a la vista de lo que muchos sacerdotes afirman o del modo cómo se expresan en público, que les falta una doble base: filosófica y teológica.

Según algunos sacerdotes modernos, el tomismo ya no está de moda. En parte es cierto. Pero sería deseable que, antes de rechazarlo desdeñosamente, supieran exactamente qué es lo que rechazan y qué es lo que han de abrazar. No hay que olvidar que desgraciadamente la ignorancia del tomismo y de toda la filosofía tradicional no incluye necesariamente el conocimiento de las tesis filosóficas o teológicas del pensamiento moderno.

Estas insuficiencias en su cultura humana y la carencia de conocimientos especializados hacen que una gran parte del clero aparezca fácilmente vulnerable a todas las teorías que surgen a su rededor, envueltas en un prestigio externo, revestidas de ciertos vuelos de novedad, que dejan libre la puerta para otras teorías más nuevas que les seguirán en breve. En modo alguno nos presentamos como opuestos a las novedades, incluso a las más atrevidas. Por el contrario somos partidarios de todo lo novedoso, con tal que en ello descubramos un nuevo esfuerzo de la mente humana y un nuevo triunfo de la inteligencia y de la investigación. Lo que sí exigimos de todas estas innovaciones es que sean verdaderamente nuevas en su contenido, y no

sólo en su forma. Lo que sí deseamos es que sean capaces de enriquecer el pensamiento humano con nuevos descubrimientos y no se reduzca a meros intereses de novedad. Por eso el sacerdote debería estar bien preparado para poder discernir, por sí mismo, si la innovación aporta algún dato nuevo al acervo cultural cristiano o si es tan sólo producto de mentes que se sienten a disgusto con la doctrina tradicional, precisamente porque nunca lograron comprenderla.

No querríamos pintar demasiado negro el cuadro de la situación presente. Reconocemos complacidos los grandes progresos realizados por la pastoral, por la catequesis y por la enseñanza religiosa, en general.

La formación espiritual.

En cuanto a la formación propiamente espiritual del sacerdote es un tema en el que no queremos entrar ahora ya que hemos dicho al principio que no íbamos a exponer el aspecto teológico o espiritual del sacerdocio. Pero sí queremos notar que, a nuestra modo de ver, parece vacilar entre una formación tradicional, que conserva todavía gran parte de su valor pero que no parece ya adaptada a nuestros tiempos, y esos nuevos intentos de formación, todavía muy recientes y que es difícil apreciar en toda su extensión.

Grandes cambios han modificado la vida de los seminarios, en su aspecto externo, aunque dudamos mucho de que se hayan cambiado los esquemas de la formación. Con toda la prudencia posible podríamos preguntarnos si tales cambios son suficientes para alcanzar el ideal, o si una fórmula tradicional, que ha hecho sus pruebas durante tantísimos años, se puede mantener todavía en nuestros días. En la actualidad se están ensayando sistemas pedagógicos que propugnan como programa ideal una mayor responsabilidad y libertad en los seminaristas. Reconocemos los defectos de una formación tradicional que consideraba a los jóvenes seminaristas hasta el momento de su ordenación sacerdotal como verdaderos niños. Pero mucho tememos que los nuevos métodos fracasen si consideran a los niños como verdaderos hombres.

En muchos seminarios y en varias naciones se ha hablado insistentemente de aumentar la edad para recibir las órdenes sagradas. Con ello, al menos en principio, los candidatos serían más capaces de reflexionar con toda madurez en las múltiples consecuencias de su compromiso. Al aumentar la edad para recibir el sacerdocio, habría unos años que podrían emplearse con fines educativos, prácticos, profesionales, para una preparación espiritual más intensa.

Tal vez sería conveniente que la enseñanza de los jóvenes sacerdotes fuera verdaderamente una enseñanza superior, y al mismo tiempo una enseñanza práctica, lo que llevaría consigo, como consecuencia lógica y necesaria, la revisión profunda de nuestros colegios y de las Facultades de ciencias sagradas, como ya se ha tratado de hacer en la Universidad Pontificia de Salamanca, entre otras. Quizás habría que distinguir mejor entre el tiempo de la formación espiritual, al estilo de un noviciado, que no puede limitarse a un año obligatorio, donde no todos se abren con la misma espontaneidad a la mirada del maestro, y el tiempo de la formación propiamente intelectual.

En todo esto no se pueden avanzar tesis y doctrinas ciertas. Tan sólo se pueden esbozar teorías e hipótesis, con las limitaciones propias de las fórmulas «tal vez», «quizás», «quién sabe». Nadie se puede hacer absolutamente, partiendo de un plan «a priori», sin experiencias vividas, y en muchos casos con fracasos instructivos. Nada es tan peligroso y tan infecundo como el exagerado miedo ante el fracaso que pudiera aducirse como única y absoluta prueba en contra de las nuevas experiencias. Sólo la prudencia exagerada podría anular todo intento de renovación. Pero igualmente un afán desmedido de cambios podría dar al traste con todos los valores de una tradición milenaria en la formación de los seminaristas.

El sacerdote y el trabajo intelectual

Se ha hablado mucho del sacerdote obrero. Han sido muchas las experiencias realizadas, sobre todo en Francia, acerca del trabajo de los sacerdotes en las fábricas. Es bien conocido el caso del P. Loew

trabajador en el puerto de Marsella, confundido con los cargadores y estibadores. También en España se han iniciado tales experiencias, y no son pocos los seminaristas que, durante sus vacaciones, tratan de ocuparse de trabajos manuales para estar más en contacto con el mundo trabajador o para costearse sus estudios, como lo hacen muchos jóvenes universitarios en diferentes países, y de modo más general en los Estados Unidos, donde los gastos de «tuition» y de «boarding» son tan elevados.

Aunque parece que se trata del mismo tema, creemos que merece la pena ocuparse ahora del sacerdote y del trabajo intelectual. Y no es que lo hagamos porque, en cierto sentido, podría parecer esto una autodefensa de nuestra posición como sacerdote dedicado, más o menos por entero, a la investigación y a la docencia universitaria. Creemos que las diferencias entre el sacerdote obrero y el sacerdote intelectual son bastante claras, como vamos a tratar de exponer ahora.

La investigación científica es una actividad que presenta caracteres muy particulares. El investigador no puede entregarse a medias a su trabajo, ni puede ser un simple aficionado. En el campo de la investigación científica o se es o no se es. Poco a poco el investigador se ve como invadido por su propio trabajo, preocupado día y noche por el resultado de sus investigaciones. Debe mantenerse al tanto de las publicaciones del mundo entero, que tratan de su especialidad. Debe participar en coloquios internacionales y nacionales. Las investigaciones y los estudios científicos avanzan tan rápidamente que el investigador no puede detenerse un momento. A veces un tema o un problema en el que ha trabajado durante meses y meses es publicado por otro, más rápido o mejor equipado que él. Para el investigador todo pasa a segundo plano cuando se trata de su propio trabajo.

En vista de esto podemos preguntarnos ¿es razonable que un sacerdote, que podría hacer otras cosas en su propio ministerio, se deje arrastrar por entero por sus investigaciones, de una manera absorbente e inexorable? Cuando la Iglesia permite el sacrificio de estos hombres, ¿qué interés espera obtener de todo ello?

La presencia de un sacerdote en un laboratorio, en una biblioteca o en una universidad difícilmente puede tener como única finalidad el apostolado directo, que siempre sería muy limitado. Hay que reconocer que en un mundo marcado por la ciencia, la técnica y la investigación el mensaje evangélico no puede atraer al hombre moderno sino a condición de estar expresado en categorías nuevas. Esas categorías, o al menos algunos de sus elementos, no pueden ser observadas del exterior sino que son percibidas en el ejercicio de la ciencia, con todas las exigencias intelectuales y sus particularidades éticas. El diálogo entre la teología y la ciencia no puede ser descubierto sino por los que están al lado de la ciencia y son capaces de ser, al mismo tiempo, teólogos.

Por otra parte, la necesidad de escuchar el mensaje evangélico en un lenguaje accesible es una exigencia más profunda que siente el intelectual cristiano. Si está convencido, por una parte, de que toda actividad humana puede y debe ser una manera personal de vivir el evangelio, es igualmente consciente de las virtualidades ateas que comporta su oficio. Y el sacerdote científico o intelectual aparece como el mediador entre dos mundos que se desconocen, que no hablan el mismo lenguaje. Ahora bien, un verdadero intérprete debe conocer las dos lenguas, si desea traducir a una el mensaje auténtico de la otra.

El sacerdote que ha dedicado largos años de su vida a la investigación está mejor capacitado para hablar el lenguaje propio de los que se han ocupado como él de problemas de la ciencia o de problemas de investigación. Este compromiso o contacto diario con la investigación le habrá capacitado para dedicarse con más competencia a sus tareas sacerdotales, dentro de un ambiente y en unos círculos en los que no siempre tiene cabida la palabra de un sacerdote falto de esa preparación.

Pero el sacerdote no puede limitarse sencillamente a un mero investigador, hasta el punto de perder en la práctica su carácter sacerdotal. Si así fuera, el sacerdote, que siempre se hubiera dedicado al laboratorio o a la investigación, al final de su vida podría preguntarse con pena si había respondido auténticamente a su vocación.

El sacerdote de mañana

El sacerdote tradicional parece que está ya superado. Se pretende que el tipo de sacerdote de hace un cuarto de siglo está ya desfasado, y ya no vale para nuestro tiempo. Por eso se piensa en un retrato ideal del sacerdote de las generaciones venideras. Se trata de buscar el nuevo tipo para los tiempos nuevos. Hay quienes piensan que el sacerdote de mañana será un hombre como los demás: casado, padre de familia, obrero, empleado de un almacén, oficinista, secretario de una empresa, de una sociedad o del ayuntamiento, notario, ingeniero o arquitecto, con todo el ejercicio de sus funciones eclesíásticas y ministeriales. No se ve claro que vaya a ser así. Por supuesto que es muy difícil la profesión de profeta.

Muchas veces se acude al gran teólogo alemán, Karl Rahner, cuando se quiere encontrar una base científica segura para oponerse a una tesis tradicional o cuando se pretenden justificar cambios en la enseñanza y en la orientación de los estudios teológicos. Creemos que también podríamos conocer la opinión del célebre teólogo alemán sobre el sacerdote de mañana, sobre el nuevo tipo sacerdotal.

El sacerdote de mañana no será el funcionario de una institución religiosa, que busca y obtiene su puesto gracias al poder social de dicha institución. No se afianzará en la sociedad, gracias a la Iglesia, sino que permitirá que la Iglesia se vaya afianzando más y más entre los hombres por obra y gracia de su testimonio personal. Su función ministerial no le comunicará, por sí misma, ningún prestigio ni le comunicará privilegio alguno, sino que si algo es lo será por la manifestación y la potencia del Espíritu, y por la originalidad viviente de la experiencia de Dios en su alma. No será un funcionario que tenga un cargo eclesial, análogo a un empleo civil, que comporta obligaciones determinadas y que le aseguran una vida privada de la que nadie podría pedirle cuentas.

El sacerdote de mañana deberá ser el hombre de la alegría, de la fe, de la esperanza y de la caridad, partiendo de una experiencia original. Su vocación no será simplemente un oficio que se aprende en los años del seminario. Ni será tan sólo una dignidad que se trans-

mite automáticamente por la imposición de las manos. Será ante todo un carisma que hay que vivirlo desde el punto de vista social y eclesiológico, incluso cuando en nuestro mundo actual ese carisma pueda ser vivido bajo el aspecto profano en la sociedad.

La vida del sacerdote de mañana será su propia vocación, incluso aunque no la viva como una profesión en el sentido ordinario y corriente de la palabra. El sacerdote de mañana verá que los adultos todavía vienen a él, aunque la sociedad como tal no le siga enviando sus hijos que tendrá que buscar él mismo. Será el hombre que sufre con sus hermanos en una existencia de tinieblas, sabiendo que esas tinieblas tienen su origen y su fin bienaventurado en el misterio del amor, vencedor absoluto en la incompreensión de la Cruz.

El sacerdote de mañana, a menos que deje de existir sobre la tierra invadida del materialismo, será el hombre capaz de escuchar. Será el hombre que sabrá reconocer la importancia y la dignidad de todos, incluso del más pobre y menesteroso que llegue hasta él. Será el hombre en quien se podrá confiar plenamente, el hombre que ejerce o se esfuerza en ejercer una profesión sin sentido y representar realmente en su persona el papel absurdo de llevar el peso de los demás sin despojarse de su propio fardo. Será el hombre que, aunque dotado de las mismas facultades que los demás, rechazará como una grave tentación la idea de emprender la loca carrera del dinero, de los placeres y de los demás tranquilizantes que se emplean en el mundo contra las desilusiones de la existencia. Será un hombre que, en su misma existencia, probará que el renunciamiento y la entrega que brotan del amor del Crucificado siguen siendo posibles y, hoy como siempre, son la fuente y el origen de la verdadera libertad.

El sacerdote de mañana no tendrá su fuerza en una Iglesia que le habrá confiado una parte de su poderío social, sino que será el hombre capaz de confesar valerosamente que no tiene poder alguno. Será un hombre persuadido de que la muerte hace brotar la vida, y de que el amor, el desinterés, la gracia de Dios tienen fuerzas suficientes como para realizar aquello a que todo viene a parar. Es decir será un hombre convencido conscientemente de que se puede todavía confiar con plena libertad en la incompreensibilidad de su ser y de que allí

mismo en su misma carne está triunfando la incomprehensibilidad de Dios, comunicada como salvación y misericordia del Amor.

El sacerdote de mañana será el hombre cuya vocación, desde el punto de vista profano, será la más difícil de justificar, ya que sus éxitos estarán efectivamente como sepultados en el misterio de Dios y no tendrán nada que pueda hacer creer que esa profesión no es sino una forma mágica de psicoterapeuta.

El sacerdote de mañana hablará con dulzura, y no pretenderá disipar las tinieblas de la existencia. No discutirá sobre la plaza pública ni tratará de defenderse contra los ataques cada vez más duros dirigidos contra su fe y su ministerio. Dejará a Dios el cuidado de triunfar donde él mismo sería vencido inevitablemente. Creerá que la gracia de Dios continúa obrando en ambientes y ocasiones en que ni por su palabra personal ni por los sacramentos él habría logrado que la gracia llegara. No medirá el poder de la gracia por el número de las confesiones y de las bendiciones que imparta. Se considerará siempre al servicio de Dios y misionando por su causa, persuadido de que la misericordia de Dios no necesita de él para obrar. Estará convencido de que para el Espíritu no es imposible un nuevo Pentecostés y de que la fe es capaz de mover las montañas.

El sacerdote de mañana, en una palabra, será el hombre con el corazón atravesado. Herido con heridas que le producirán la fuerza para llevar a feliz término su misión. Un corazón transpasado, atormentado por la ausencia de Dios en la existencia; herido por la locura del amor, por el sentimiento que nace de su impotencia; herido de sentirse a sí mismo digno de compasión, de ser puesto en tela de juicio, y al mismo tiempo un hombre persuadido de que es precisamente ese corazón el que hará brotar insostenible la fuerza de su misión, la autoridad de su función, el valor de su predicación, el efecto de los sacramentos que procuran y producen la salvación por la gracia que brota de la meditación y reflexión de aquel otro Corazón atravesado en la Cruz.

El sacerdote de mañana será el hombre de corazón transpasado, que tendrá como función conducir a los hombres al centro de su propio ser, al fondo mismo de su propio corazón. Será el hombre que sa-

brá que no se puede llegar a ello sino después de haber encontrado su propio corazón y haber descubierto la incomprensión del Amor de Dios que para resucitar a los hombres ha escogido la muerte y para devolverles la gracia y el perdón y el amor quiso ser objeto de las iras y del odio y de la incomprensión de los hombres. (Cf. RAHNER, K.: *Servants of the Lord* (English transl. by R. Strachan), New York 1968, pp. 107-119).

Reflexión final

Tal vez esta visión del sacerdote de mañana pueda parecer utópica y ucrónica, demasiado pesimista desde el punto de vista humano y poco conforme con el apostolado moderno que ahora desean implantar muchos sacerdotes de nuestros días. No negamos que la idea de ese sacerdote del mañana encierra algo de misterioso y que no es fácil de comprenderla al menos con los ojos y la mente demasiado entregadas a las comodidades de los tiempos presentes. Pero creemos que si el sacerdote ha de ofrecer siempre un testimonio auténtico que influya sobre los fieles de su rededor deberá acercarse más a este tipo ideal a que se refiere Rahner que a ese otro tipo sacerdotal que algunos quisieran implantar, y que poco o nada se distinguiría de los demás.

Además creo que no cabe otra solución. O se trata de establecer un nuevo estatuto sacerdotal o el sacerdote, como hemos dicho antes, deberá, con plena libertad y conocimiento de su esencia sacerdotal, escoger este tipo de sacerdote, segregado, aislado, separado de los hombres. San Pablo hablaba del sacerdote como «segregado de entre los hombres». Esto puede decir que eran escogidos de entre los hombres para el servicio de Dios, pero no que fueran segregados y alejados. Por supuesto que toda elección supone una segregación, pero puede ser una segregación de preferencia y de amor y no de barreras y distancias que se interponen.

El decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros establece claramente la condición del sacerdote en el mundo. Nada de lo que es humano puede ser ajeno a sus preocupaciones. En consecuencia de-

berá vivir de cerca los problemas de sus hermanos. Pero vivir los problemas de sus hermanos no exige necesariamente participar activamente en todo lo que puede descubrir el aspecto externo de la humanidad. En la medida en que el sacerdote se convirtiera en miembro de un grupo aparte de los hombres, en esa misma sería traidor a su vocación.

Pero el ministerio sacerdotal les exige de modo especial que el «escogido de entre los hombres» no se conforme a este mundo. Su misma profesión o estado de vida le impondrá una soledad, donde él podrá encontrar el consuelo o donde se verá abandonado y perdido. Además la soledad, en sí misma considerada y no como forma de vida carismática, es contraria a la naturaleza del hombre que es un ser social, nacido para vivir en comunión. La soledad aterra el corazón humano porque ha nacido con unas exigencias de apertura hacia el otro.

¿Dónde puede el sacerdote encontrar esa comunión? Se ha intentado formar grupos sacerdotales, convivencias. Se ha hablado de la importancia de la amistad. Pero por más vueltas que demos al problema, nos encontramos con que el sacerdote se presenta como el hombre de la soledad humana. Tal vez ahí puede surgir la solución al problema y eso explicaría la visión futurista del sacerdote tal como se desprende de la doctrina de Karl Rahner.

El sacerdote es, por antonomasia, el hombre de Dios, el hombre destinado a las audiencias divinas. Y no olvidemos que «la soledad es sala de audiencias de Dios». Por eso creemos que el sacerdote auténtico es hombre de soledad. Y sólo con una mirada teologal y con una orientación vertical de la vida puede el sacerdote ser feliz y encontrarse así mismo. Sólo si el estudio de la teología, en su más amplio sentido, es su pan cotidiano, sólo si el apostolado auténticamente sacerdotal, en toda su dimensión, llena todos los momentos de su vida, sólo si las cosas de Dios han logrado imponerse y apoderarse de su corazón, el sacerdote habrá encontrado la esencia auténtica de su ministerio.

Ni el trabajo externo a su función ni todos esos sucedáneos de la felicidad y de la soledad son suficientemente activos para llenar el corazón de un hombre, y menos el corazón de un hombre a quien Dios mismo ha escogido para ser testigo y dispensador de otra vida dife-

rente de la terrena. El sacerdote será, siempre y ante todo, un ser consagrado y en virtud de esa consagración se verá obligado a mirar las cosas desde otro ángulo de visión. No creemos pueda haber otra disyuntiva, ni que pueda darse otra manera de vivir su propio ministerio y su propia vocación. El sacerdote deberá ser consciente y, de acuerdo consigo mismo, escogerá el tipo que más se adapta y mejor responde a las exigencias ineludibles de su estado de vida.

JOSÈ OROZ

Salamanca